

# Concurso Literario Autobiográfico Para Personas Mayores Confieso que he Vivido

Región Metropolitana



Servicio  
Nacional del  
Adulto Mayor  
Ministerio de  
Desarrollo Social

Gobierno de Chile

Chile  
mejor



# Concurso Literario Autobiográfico Para Personas Mayores Confieso que he Vivido

Región Metropolitana



**Chile  
mejor**



**SANTIAGO**  
juntos mejor región

El Servicio Nacional del Adulto Mayor, presenta:

**Concurso Literario Autobiográfico para Personas Mayores**  
**CONFIESO QUE HE VIVIDO**  
**Región Metropolitana**

**Jurado**

Manuel Pereira (SENAMA Nacional)

Rosa Ricotti (Consejo Asesor de Mayores Región Metropolitana)

Paulina Vidal (DIBAM Región Metropolitana)

Rebeca Bilbao (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes Región Metropolitana)

Natalia Zúñiga (Coordinadora Regional SENAMA Región Metropolitana)

**Edición**

Ernesto Uribe

Eva Moreno

**Ilustraciones**

Sandra Conejeros

**Diseño y diagramación**

Editora e Imprenta Maval SPA

**ISBN: 978-956-8846-13-8**

**Agradecimientos:**

Este libro ha sido posible gracias al esfuerzo colectivo; primero los 94 mayores que enviaron sus relatos, sin los cuales nada de esto sería posible, y también de varios funcionarios que anónimamente colaboraron en la realización del concurso y la publicación, como Eduardo, Anita, Sylvia, Patricio, Andrea, María Isabel, Alexis, Eva, y por su puesto Ernesto y Eric de la D.O.S, a todos ellos gracias, pero sobre todo ¡gracias por el trabajo en equipo!

# **Concurso Literario Autobiográfico Para Personas Mayores Confieso que he Vivido**



Región Metropolitana



# Contenidos

## **Presentación Director Consejo Nacional de la Cultura y de las Artes RM**

Ana Carolina Arriagada Urzúa 6

## **Presentación Coordinadora Regional SENAMA RM**

Natalia Zúñiga Valenzuela 7

---

### **Ganadores**

Guillermo Torres Gaona, Ñuñoa 9

Libertad Joan Franco Álvarez, La Florida 15

Germán Echeverría Aros, Pedro Aguirre Cerda 23

---

### **Menciones Honrosas**

Las Décimas de Violeta 29

Violeta, Flor Sancarlina 35

Pinceladas Autobiográficas junto a Violeta Parra 41

Reencuentro con Violeta 49

Décimas para la Reconciliación 55

Hay que haberlo vivido pa' poderlo contar 61

Mi amigo Cáncer y el Voluntariado 69

Era de Salamanca 79

La clase del 11 de septiembre 85

La Petaquita 89

Tan lejos... tan cerca 93

Autobiografía de Leonidas Zapata Moraga 103

No quiero volver a San Pedro de Coique 111

Solamente Números 119

Es bueno abrir el Cofre de los Recuerdos 127

A mi viejo no lo tocas 133

Confieso que he escuchado 141

Confieso que he vivido los terremotos más grandes del mundo 145

Coqueteando con la Muerte II 153

Gracias Violeta 163

---

### **Microrelatos**

Los tiempos cambian 165

El pololeo 166

Los pollitos y el bebedero 167



# Ana Carolina Arriagada Urzúa

Directora Consejo Nacional de la Cultura y las Artes  
Región Metropolitana

Este libro recoge diversas vivencias, experiencias y anécdotas narradas por personas mayores y que dan cuenta de parte de la historia viva de nuestro país, un registro invaluable que pone en valor la memoria y preserva el patrimonio inmaterial para nuevas generaciones.

Cada uno de estos relatos son testimonios de una historia muchas veces invisible de Chile, narrada por sus testigos quienes fueron niños, padres o madres, jóvenes, estudiantes, obreros o profesionales, que ahora en la plenitud de la vida, retroceden en el tiempo para contarnos sus vivencias, un pedazo de su historia que forma parte de la nuestra.

A través de estas prácticas de fomento de la lectura contribuimos a fortalecer la reflexión, la creatividad, y la participación activa de los mayores en el ámbito cultural, acciones que forman parte del Plan Nacional de la Lectura 2015-2020 y que el programa Envejecimiento Activo del Servicio Nacional del Adulto Mayor (SENAMA), a través del concurso "Confieso que he vivido" ha logrado plasmar.

# Natalia Zúñiga Valenzuela

Coordinadora Regional  
SENAMA Región Metropolitana

El Concurso Literario Autobiográfico Confieso que he Vivido nació buscando visibilizar las voces de una generación, mostrando sus aportes, sus temores, alegrías y partes de sus vidas, buscando objetivar un patrimonio cultural inmaterial de todos y todas, transformando relatos hablados a escritos. En este paso de la oralidad a la letra hemos tenido muchos aprendizajes y grandes descubrimientos. Nos encontramos con una generación que recita y escribe poesía, honrando la aseveración popular de “Chile país de poetas”.

Nos resultó evidente que la lectura es parte de la costumbre de muchos mayores, costumbre inculcada desde su educación pública. También aprendimos detalles de la historia de nuestros barrios, ciudad y país que desconocíamos.

El Concurso Literario «Confieso que he Vivido» es un trabajo colectivo que busca rescatar la historia contada por sus propios protagonistas. Es un libro de relatos, de historia y de memoria en la que los autores deciden que quieren contar, y cuál es el recuerdo que eligen dejar como generación. Es decir es un ejercicio y fruto de memoria colectiva viva. De la misma forma es un ejercicio ciudadano y activo conectado con el presente y el pasado. En este sentido el Plan Nacional de Lectura logra, en su rol de coordinación interministerial, aportar a que el fomento lector sea patrimonio de todas las edades.





## Primer Lugar



# Violeta que estás en el único cielo

Autor:

Guillermo Torres Gaona (68)

Ñuñoa

El médico Miguel Ceppi Jara se sentó frente a la pesada, vetusta e inmóvil máquina de escribir Underwood. De esas que los viejos periodistas amaban como un don muy preciado, inconfundibles con su color negro y sus letras doradas.

Era pleno verano -febrero- pero en su oficina en el subterráneo del edificio del Servicio Médico Legal, en avenida La Paz, la temperatura era como si fuese la de un avanzado invierno.

A sus 61 años, el doctor Ceppi tenía una reconocida trayectoria como médico legista. Padre de seis hijos, hacía gala de la rigurosidad aprendida de sus antepasados suizos, afincados en uno de los cantones italianos de la Confederación Helvética. A comienzos del siglo pasado se habían instalado en nuestra larga y angosta faja de tierra, pensando que llegaban a la copia feliz del Edén.

Todos sus hijos tararearon, en muchas veladas estudiantiles, canciones de Violeta Parra y ahora él, como facultativo, debía llenar el formulario para completar el certificado médico de defunción de la folclorista.

Lentamente fue tecleando hasta llenar las formalidades requeridas:

Nombre: Parra Sandoval Violeta del Carmen.

Sexo: Fem.

Edad: 49 años.

Fecha y lugar del fallecimiento: 5 de febrero de 1967 a las 18 horas.

Localidad: Santiago.

Calle y N°: La Cañada 7.200.

Causa de muerte: herida de bala cráneo encefálica sin salida de proyectil.

Paralelamente, en la sala de redacción del diario, en calle Lira.

Samuel Hernán colgaba el teléfono y con la emoción contenida -los hombres no lloran- sólo pudo decir "Violeta se suicidó..."

Romilio, poeta y editor, se paró del asiento frente a su escritorio. Con la responsabilidad de conocer los escuetos hechos y decidir cómo responder a las seis preguntas clásicas: qué, quién, cuándo, cómo, dónde y por qué, llamó de inmediato a reunión urgente de Crónica para pautear el reporte de la golpeadora noticia.

Yo llevaba apenas dos meses en la redacción, proveniente del primer año de la Escuela de Periodismo de la U. de Chile, formaba parte de los así llamados "Guardias rojos" que buscaban empaparse del "periodismo proletario y de clase", apurando su aprendizaje en la práctica. Quise saber más detalles y me acerqué a Samuel Hernán. Lo vi sollozando, tanto que el lápiz de grafito que siempre llevaba sobre una de sus orejas, no estaba en su lugar. Los temblores de su cuerpo lo hicieron saltar.

Cada uno, a su manera, empezó a vivir intenso y profundo el dolor por el deceso violento y prematuro de Violeta, la de los amores tormentosos, de los amores huidizos, de los amores en pena.

Samuel Hernán había sido un promotor incorregible con sus crónicas y reportajes en la sección Cultura y Espectáculos, sobre la Nueva Canción Chilena y, en especial, de Violeta. Tímido, se expresaba casi sin palabras, pero a la hora de escribir sobre los nuevos folcloristas, era talentoso, creativo y sacaba el máximo provecho de los datos que recogía en su incansable reporteo por las peñas folclóricas y por las noches sin amanecer de la bohemia santiaguina.

Romilio era su taciturno compañero para apaciguar penas y frustraciones, en el boliche de "Don Justo", en medio del despacho de las crónicas ya editadas, pasando por la correspondiente corrección de pruebas lideradas por el "Tata Zamorano", y que terminaban en la calandria y los enigmáticos procesos de impresión en las viejas linotipias de comienzos de siglo.

Todos leían al revés, a la velocidad de un rayo, los originales que salían de la linotipia y entraban después a la fase de impresión, donde yo observaba como niño embobado los rollos gigantes de papel de la rotativa que terminaban convertidos en ejemplares del diario, salidos con ese olor inconfundible a tinta, tan propio y distintivo de las imprentas.

Atardecía en Santiago, pero la temperatura no disminuía. Los 26 grados a la sombra se sumaban al intenso calor del día y apuraban la necesidad de beber algo refrescante.

Samuel Hernán, Romilio y yo fuimos destinados a reportear el velatorio de Violeta. Uno de los fotógrafos (debía ser Gabriel que había postergado sus vacaciones), ya había partido raudo hacia la peña en la plaza La Cañada.

Los tres salimos a la Alameda y nos subimos a un bus hacia el oriente de la ciudad. Sentados en la última fila, no cruzamos palabra durante los 45 minutos del lento viaje.

Samuel Hernán no cesaba de sus sollozos. Romilio se apoyaba en la ventana para dormir, con leves ronquidos. Yo observaba el paisaje y mi mano derecha hacía descansar mi mentón, pensando qué podría reportear.

Al llegar, observamos que la carpa estaba vacía. El cuerpo había sido llevado al Servicio Médico Legal para la autopsia de rigor y todos los hijos de Violeta, cumpliendo los trámites para la sepultación.

Cruzamos la calle y entramos al restorán maloliente, por donde circulaban dos gatos negros, a la espera de que llegase el cuerpo en la urna mortuoria y reportear el velatorio. Pedimos una botella de vino tinto y una Fanta. Yo trataba de cuidarme, recordando mis aficiones deportivas como futbolista y atleta. Pero el vino rápidamente fue consumido y la bebida analcohólica quedó intacta.

Una, dos, tres botellas fueron vaciadas sin tardanza. De pronto, apareció un personaje muy singular. Rostro adusto, moreno, algunas canas que cubrían su cabellera. Se acercó a Samuel Hernán.

-Soy el "Tony Tonguito". ¿Se acuerda de mí?-

- Claro, cómo no-

Efectivamente se conocían. El "Tony Tonguito" era un artista circense de toda su vida. En ese mundo conoció a los Parra, a Óscar, el "Tony Canarito", y se transformó, con los años, en un integrante más de la familia. Por lo que su presencia en el velatorio de Violeta era una expresión de pésame y solidaridad de alguien muy cercano y querido.

Las horas pasaron y también el recorrido reiterado del garzón para buscar las botellas de vino, y descorcharlas para servir las a estos clientes tan especiales.

Tanto que el "Tony Tonguito" solo bebió fantas. Y fueron 18. Su alcoholismo era con severas restricciones.

Los cuatro, embriagados por igual como un acto mágico de plena identificación - aunque Samuel Hernán, Romilio y yo con la incredulidad de la borrachera no imaginaria de "Tonguito"-, nos dirigimos a la carpa. El cuerpo había llegado en un vehículo de la funeraria.

Aunque su caminar era algo zigzagueante, entramos y dimos el pésame a la hija menor de Violeta, Carmen Luisa. Brevemente concordamos en hacer guardia de honor junto al féretro.

Romilio, sin embargo, no estaba en condiciones de levantar el brazo, puño en alto, el gesto partidario de saludo, respeto y veneración por Violeta. Se sentó en una banca para dormir.

Samuel Hernán y yo lo hicimos junto al “Tony Tonguito”, y ascendimos lentamente hacia el improvisado altar.

El silencio inundó cada rincón de la carpa, mientras comenzaban a llegar las primeras coronas de flores que eran dejadas en la parte delantera del féretro.

Al bajar del altillo donde estaba la urna mortuoria, Samuel Hernán lloró sin pausas; Romilio dejó de dormir y sus ojos enrojecidos dejaron caer sus primeras lágrimas; yo caminé cabizbajo, y el “Tony Tonguito”, al salir de la carpa, pateó algunas piedras que estaban sobre el terreno.

La madrugada comenzaba a esbozar el amanecer.

Samuel Hernán tomó los billetes que le quedaban tras pagar el consumo en el restorán, y los dejó convertidos en minúsculos y volátiles pedazos. Expresó así su tristeza, su rabia contenida. Tan tímido era, que Violeta nunca supo que él siempre la amó en silencio.

Romilio comprometió frente a la carpa su próximo poema para difundirlo junto a “Tren del sur”, su obra señera.

El “Tony Tonguito” buscó al “Tony Canarito”, para luego convocar al mundo circense a asistir al funeral del día siguiente.

Yo me sentí adulto. Había comprendido ya que talentos tan sensibles, intensos e infinitos en su creatividad, como Violeta, vivieron hasta el final asegurando su gloria, su pasión y su muerte, con el ascenso al único cielo. El de los amores atormentados.-





## Segundo Lugar



# De la Juana Rosa al rin del angelito, testimonio vivo a la gran Violeta Parra

Autora:

Libertad Joan Franco Álvarez (71)

La Florida

En el año 2017, la Comunidad Cultural de Chile decide desde sus mandatos gubernamentales que todo el pueblo de Chile, que desee hacerlo, le rinda un homenaje, desde las diversas áreas de las artes, a nuestra gran Violeta Parra. Mujer recopiladora, cantautora, artista de arpilleras, creadora, quien aprendió a plasmar con sus dedos los colores de nuestra fauna criolla, en telas sacadas desde nuestros animales de la época, para mostrar al mundo lo que éramos y somos desde su mirada. Denunciando por otra parte, a través de su canto, el llanto del desvalido, de la injusticia social, del hijo que muere en las laderas de los cerros del valle central y los ritos que se realizaban con esos hijos muertos llamados por el campesinado "angelitos"; el canto semillero de sus nostalgias profundas, el canto al mapuche herido y nunca vencido en los territorios araucanos, y por cierto, el canto campesino que es el que ocupará los espacios de mi escrito.

Teniendo presente que mi trabajo estará basado en aspectos testimoniales, lo que conocí de ella, en el siglo XX, empiezo mis líneas de este viaje al pasado que,

pretenciosamente, quiere rescatar algo de la memoria viva, que me acompaña en estos instantes en relación a la gran Violeta.

Era yo una liceana más, del año 1958, de un pequeño pueblo llamado Quirihue, en la octava región, primera generación de un incipiente liceo mixto, con profesores primarios que tuvieron que enseñar a estudiantes de primer año de humanidades, ya que este lugar, a pesar de tener en esa época más de 100 años de vida, no contaba con enseñanza superior de ninguna clase. Este pueblo que menciono, Quirihue, es muy cercano a San Carlos (ciudad natal de Violeta Parra), Ninhue, Cobquecura, Coelemu, Portezuelo, Bulnes, y ninguno de ellos tenía liceo, ni enseñanza secundaria. Para continuar estudios al salir de sexto año de preparatoria, había que ir a la Escuela Normal José Abelardo Núñez que estaba en Chillán o a alguna Escuela Superior, y eso no estaba al alcance de los que éramos más humildes.

La vida pueblerina tiene sus bemoles, sus características distintas a las grandes ciudades, nuestras familias solían conversar por las tardes en las puertas de sus casas, escuchar música y comentar sus afinidades musicales, de acuerdo al intérprete o a la intérprete de sus gustos. Es así, como el crepúsculo se tomaba la noche y los sonos de una guitarra y un ritmo que yo entendía muy poco, quedé pegado en mis oídos, con un contenido muy peculiar, se trata de la canción “La Juana Rosa”.

Con mis cortos años de edad, yo sentía que esa canción era muy fea, consistía en ir a buscar novio a una era, una trilla, todos esos términos eran conocidos para mí, puesto que yo era una muchacha casi rural de ese pueblo pequeño. Sentía una rebeldía contra el matrimonio y le echaba la culpa a la canción de “La Juana Rosa”, que tanto le gustaba escuchar a mi padre, porque sonreía mucho cuando escuchaba esa canción, puesto que conocía más detalles de la vida de quien era la intérprete. Mi padre ya era admirador de las ideas y la propuesta musical de Violeta.

En una ocasión, para las fiestas del 18 de Septiembre, sucedió un hecho muy trascendental en el liceo, se anunció que nos visitaría una cantautora de la

provincia de Ñuble, que pasaría por los cursos y nos enseñaría a bailar la cueca chilena. Así fue como la señora Violeta se presentó ante nosotros, o también puedo decir, nosotros nos presentamos frente a ella. Después, en el horario de la tarde se paró frente a la mesa del profesor de mi sala, dijo su nombre, quien era, y que nos enseñaría a bailar nuestro baile nacional. Tomó la guitarra y nos interpretó una cueca chilena, entonces reconocí su voz y relacioné las canciones que escuchaba mi padre en aquellas tardes quiriuanas. De sólo imaginar que tendría que bailar delante de mis compañeros y de esta señora de pelo tan largo y tan seria, le hacía nudos a mi pañuelo en las cuatro puntas, haciendo “pilatos”, como se usaba en esa época, “pilato, pilato, pilato si no me haces este favor no te desato”, para que no me correspondiera bailar delante del curso formado por hombres y mujeres. Y llegó el momento, tuve que salir a bailar cueca, tiesa como un mástil, jamás había bailado el escobillado, menos el zapateado, recuerdo que tomó de mi talle y me dijo, -¡más flexibilidad niña!-, creo no haber estado contenta con aquellas clases de cueca, de la señora Violeta Parra.

Ciertamente no se puede olvidar una experiencia como ésta, y a medida que el tiempo pasaba, esa escena, se replegaba en los rincones de mi memoria. El crecimiento de mi ser me iba orientando hacia nuevas ideas, que me hacían bucear en los contenidos de esos cantos campesinos, que una vez no fueron acogidos por una pre-adolescente, pero que serían reafirmados por las generaciones siguientes, lo que en ese tiempo era imposible de anticipar.

Al cumplir 15 años, me familiaricé con temas que encontré más interesantes, como la canción “¿Qué dirá el Santo Padre?” Por esos años (1963) se muere el Papa Juan XXIII y en el liceo se hacen misas, liturgias, responsos por la muerte del Papa. Es, en este mismo tiempo, que empiezo a conocer cada vez más “¿Qué dirá el Santo Padre?” me agrada mucho la canción y con ello cambia la perspectiva que me había hecho de la cantautora. Mi mundo un poco estrecho, se abría ante mis ojos, dándome cuenta que Violeta no sólo escribía canciones campesinas, como las que escuchaba mi padre, sino que además tenía una propuesta musical amplia y comprometida. Esa canción la encontré hermosa,

pero no era fácil ni común escuchar un tema como ese, en ese medio en el que yo me desenvolvía.

Con mis ideas libertarias ponía mayor atención cuando escuchaba una canción que hablaba de la injusticia social como “El guillatún”, sobre el pueblo mapuche, yo se lo atribuía a ese pueblo donde crecí, con muy poca gente que se interesaba por la cuestión social. El patrón conductual provenía de la Iglesia Católica, ella era quien trazaba las líneas del deber ser, de un pueblo pequeño como Quirihue. Constataba que ese era un gran muro, la gente muy católica, mucha procesión, mucho misterio y devoción, pero nadie explicaba algo más para tener “razón de la esperanza” como lo dijera Pedro, en una de sus cartas del Nuevo Testamento. Mientras tanto yo continuaba con mi Violeta en mi cerebro, a quien había criticado en mi mente preadolescente por su canto campesino de “La Juana Rosa”. Ahora que conocía “El Santo Padre” y también “el Guillatún”, era capaz de atribuirlo a cosas concretas, la figura de Violeta para mí, había cambiado y tenía que reconocerlo.

En el año 1964, fecha en que el Dr. Salvador Allende se presentaba por segunda vez a elecciones presidenciales en nuestro país, un grupo de muchachos y muchachas de aquel lugar, guiados por un ideal común, haríamos de los cantos campesinos de Violeta una comparsa para penetrar al campesinado doliente y hacer más vivas sus esperanzas de una verdadera Reforma Agraria. Y fueron los sonos de las guitarras tocadas por los mismos muchachos de ese espacio-tiempo, en planicies polvorientas, con los campesinos con sus mantas raídas por el uso, con un vaso de chicha entre las manos, cantábamos las canciones de Violeta Parra y alegrábamos los días sábados, en que por aquellos años, les contábamos cómo sería la Reforma Agraria y qué participación les correspondería a ellos en esa historia. ¡Era el año 1964! en que Allende sufriría nuevamente una derrota, sin embargo, el espíritu quedó, en esa triple dimensión que alcanzo a bosquejar en este texto, esos muchachos y muchachas de ayer, una precursora y combativa mujer con sus canciones y un personaje denunciante con su voz ¡Salvador Allende!

Irrumpe el canto violetero en las voces de nosotros los jóvenes, con fuerza y vigor de juventud “La Juana Rosa” que hacía sonreír a los campesinos, con

sus miradas pícaras, sus rostros enrojecidos por esa vida de sol a sol y luego venían los cantos “Qué dirá el Santo Padre” y “El Guillatún”. He aquí los versos de “La Juana Rosa”:

### *Alégrate Juana Rosa*

*Que llegó una invitación,  
mañana trilla la yegua  
en casa de la Asunción.  
Te ponis la bata nueva  
en cada trenza una flor,  
tenis que andar buena  
moza por si pica el  
moscardón.*

*Tenís veinticinco Rosita  
y Rosa, vai pa solterona,  
debis de pensar,*

*Vay bien empolvá, te  
ponis carmín y agora pá  
l'era contenta y feliz.*

*No hay niña joven que  
no haiga en todo este  
alrededor encontrado  
en alguna era alivio a su  
corazón.*

*La que lo dice es tu  
mama en l'era Juan  
conoció y en l'era tu  
prima hermana al marío  
que tiene hoy.*

*(Estribillo)*

*Avívate Juana Rosa que  
muy ligero anda el tren  
pero si vamos pá' era*

*No os quedáis en  
el andén. “que a mí  
también me hace falta  
un yerno para querer.  
Vamos pá l'era, y un  
nieto me daris pá mi  
vejez”.*

*(Estribillo)*

Violeta Parra, es el emblema de la discriminación ya que por años este país, no le dio ningún sitio de privilegio a la excelsa cantautora. Violeta es el símbolo de las cosas simples para los más sencillos, así como el candente carbón que quema a los opresores. Ella, para los entendidos en música, es la precursora de lo que algunos jamás podrán hacer, pese a sus años de estudios en música. En mi historia testimonial, se me han enredado sus cabellos largos y negros de esa época, su calzado oscuro, sus ropas un poco largas, el invalidante baile de la cueca chilena que no aprendí a bailar, como a ella quizás le hubiese gustado.

Me ha interesado el canto campesino, ese que no supe apreciar a los 12 ó 13 años de vida, y que refleja el ceremonial tácito de nuestro campesinado



silencioso y joven, que para las fechas de las trillas o de las eras o las vendimias, eran los lugares donde el muchacho y la muchacha campesina buscaban la estrella del amor, que los haría compartir esa vida de sacrificio, en que las clases campesinas servían a los patronos por décadas, a cambio de ocupar un pedazo de terreno, una yunta de bueyes y la clásica huerta en los campos, pero aquí no había sueldo o salario mensual, menos imposiciones para que el seguro obrero pagara alguna pensión en la vejez.

Violeta vuela hoy como las millones de aves de la octava región, su espíritu se posa en las ciénagas de los valles del Itata, los lugares que sin competir con nadie ni con nada, la vieron metida en ese cuerpo menudo recopilando canciones de siglos pasados, para darles el ritmo de su canto. Lejos quedaron sus malos ratos en la carpa de la Reina, lejos están sus exposiciones de arpilleras en el Museo del Louvre, y cerca nuestro está el grito de la rebeldía y el lastimero canto por las llagas del pueblo de Chile. Los cantos más universales de Violeta como "Volver a los 17" y "Gracias a la Vida" se enseñan en nuestras escuelas y se conocen en muchos países, sin embargo, "La Juana Rosa" poco entendida para este tiempo nuevo, se nos presenta con sabiduría frente a una joven de 25 años, poco interesada en los noviazgos. Siento en mi piel, a medida que escribo por ese acerbo campesino que llevo en mis venas, una inmensa emoción, brillan mis ojos y las escenas de la trilla en las eras, viajan desde mi memoria acudiendo en masa para ver esas mozas de antaño que, interpreta Violeta Parra en ese canto, acicaladas, con la mejor vestimenta y una gran rosa en el pelo, buscando entre los que agitan los caballos, cuál de ellos podría ser el amor en aquellas tardes veraniegas.

Cada canto campesino de Violeta me eriza la piel y convulsiona mis coordenadas trayendo a mi memoria, eso que sucedía casi en todas las familias rurales o semi rurales, también en la mía, por ejemplo en el "Rin del Angelito". Soy fiel testigo de lo que narra esta canción, la cual interpreta y consuela a las familias campesinas.

Estas historias pertenecen a nuestro folklore criollo, son reales, no son invenciones y Violeta precursora, vigilante y atenta a la cotidianidad de su entorno, decide

a través de sus versos campesinos interpretar, consolar, casi ontológicamente el sentir de las familias, que instalaban una silla sobre la mesa al bebé muerto, con sus ojos abiertos, como si estuviera vivo ante sus parientes y conocidos. Ella fue una interventora de un tiempo no lejano, de un tiempo que aún estamos vivas algunas, para dar testimonio de algo real que sucedía en nuestro país, en los entornos rurales y pueblos pequeños. Plena de sabiduría, adelantada a su tiempo, compuso versos colmados de belleza, siempre enlazando la vida y la muerte, el día y la oscuridad, la eterna dialéctica del bien y del mal, desde el amo al esclavo, desde la inclusión hasta exclusión como hoy, cuyo sino la guió hasta el día de su muerte. Llama mi atención la dulzura de los versos del "Rin del Angelito" cuando dice: "el alma va a saludar a la luna y de paso al lucerito." La luna es la noche; el lucerito, el amanecer; la aurora, el alejamiento de la noche, la otra entrada, por eso pienso que trabajaba ontológicamente cada uno de estos versos, dando esperanzas a los segmentos desprotegidos que frecuentemente, tenían un angelito velando en sus casas. Violeta es la insigne cantautora, no comprendida en muchos sectores de mi país, Chile, pero es la semilla que ha traspasado las generaciones, aunque algunas cuando pequeñas no fuésemos capaces de entender el canto campesino. Es mi aporte testimonial a la gran Violeta Parra Sandoval, y es mi reivindicación ahora en mi vejez de aquella niña intrépida que no entendía el canto de "La Juan Rosa".-



## Tercer Lugar



# Yo le canto a Violeta Décimas espinelas

Autor:

Germán Echeverría Aros

Pedro Aguirre Cerda

1

Yo le canto a la Violeta  
con la décima popular,  
hoy día voy a cantar  
a monumental poeta.

Ella es una alta veleta  
que giró a los cuatro vientos  
repartiendo sus momentos  
entre rimas del dolor  
ella cantó con fervor  
del pueblo los sufrimientos

2

La gran Violeta orgullosa  
de nuestro cantar nacional,  
del folclor fue sin igual  
en las peñas una diosa  
dejó una herencia grandiosa  
a Chile que la ignoraba  
margarita deshojada  
de figura pueblerina  
era una fiel campesina  
que nunca el moño agachaba.

3

La escuché con pleitesía  
cuando cantaba una canción,  
me embarga fuerte emoción  
cuando escucho su poesía.  
Es su letra una ambrosía  
su voz un canto de abrojo  
es que mi alma es un congojo  
por esta buena chilena  
que hoy la recuerdo morena  
a la violeta de rojo.

4

Cantaba de día y noche  
sus versos de la justicia,  
no era ninguna novicia  
con gallos de media noche.  
Nadie le ponía el coche  
en décima nacional  
Violeta un ente social  
siempre cantaba a la vida  
con su guitarra prendida  
cómo un canto General.

5

Violeta muy agradecida  
plasmó la canción inmortal  
con cantar muy personal  
dando gracias a la vida.  
La canción más conocida  
en el mundo sin olvido  
es su cantar más sentido  
nació de su alma popular,  
es que su hermoso cantar  
en el mundo es conocido.



6

Hoy la recuerdan mis versos  
como una joya nacional,  
fue luchadora social  
en Chile y el universo.  
En sus cantares diversos  
fue luchadora marxista  
en su cantar obrerista  
defendía a los despojados  
del sistema desalmado  
con palabras progresistas.

7

Hoy dedico estos poemas  
a la gran Violeta Parra,  
y aunque no tengo guitarra  
para cantar esos temas.  
Van rasguñando mis yemas  
las cuerdas de mi cantar  
este canto popular  
lo dedico a todo el mundo  
es mi poema profundo  
de mi alma y de mi versar.

8

Y con esta me despido  
de la Violeta grandiosa,  
cantaba como una diosa  
en su cantar encendido.  
Jamás nunca tendrá olvido  
esta Violeta Chilena  
mujer de Chile morena  
que cantó a lo campesino  
era un tesoro divino  
campesina entera y plena.-





## Mención Honrosa



# Las Décimas de Violeta

Autor:

**Jaime Lamarca U.**

Providencia

Eran mis últimos años de vida laboral. Trabajaba en una oficina en el centro de Santiago, de 8 y media a 7 de la tarde con una hora de colación. Hora invertida en airear el espíritu más que en alimentar el cuerpo y que me llevaba a recorrer lo que ofrecía el entorno a mi lugar de trabajo: carteleras de cine, el Cerro Santa Lucía, un local de la Feria Chilena del Libro y la Biblioteca Nacional.

Fue en este último lugar donde se montó ese año 1996 una interesante exposición de la multifacética obra de Violeta Parra que ese día me hizo extender mi hora de colación bastante más allá del horario prescrito.

Si bien conocía sus canciones más populares, escritas en décimas, fue fascinante conocer su obra literaria, escrita en esa forma.

De vuelta a mi oficina, en un momento de distracción laboral, escribí al correr de la pluma mis primeras décimas, las que rústicas y sin revisar han quedado como recuerdo de mi encuentro con la poesía de Violeta Parra.

Hoy día he visitado  
a la hora 'e colación  
una gran exposición  
donde se han recopilado  
versos, tapices, bordados  
y música pa' guitarra  
de la gran Violeta Parra.  
Yo les quiero advertir,  
no pueden dejar de ir  
a la exposición de marras.

Las décimas que leí  
me motivaron al tiro  
por eso, en un suspiro  
cogí lápiz y partí  
escribiendo lo que ví  
en la gran Sala Cervantes  
de nuestra muy importante  
Biblioteca Nacional  
donde el quehacer cultural  
no se detiene un instante.

Fue en mis años escolares cuando nació en mí esta afición por hacer rimas, que luego se convertiría en un entretenido pasatiempo, infaltables en eventos familiares y reuniones de amigos

Donde el humor y la ironía tomaban ritmo y musicalidad. Digo hacer rimas por cuanto, entonces y ahora, encuentro presuntuoso hablar de poesía para describir esas sencillas cuartetas.

También intenté, más como un chiste que por pretensión literaria, escribir en octava real, como La Araucana de Alonso de Ercilla, mi experiencia laboral en el sur del país, en un ficticio condado del Reino de Chile.

“La Mancha fue por Dios privilegiada / con parajes de vista muy hermosa / en la corte fue siempre ignorada / por ser distante, muy fría y lluviosa...”

Pero todo lo anterior quedó atrás. Fueron las décimas de Violeta Parra las que me interesaron por conocer más de esta forma poética. A saber de Vicente Espinel y de la existencia de tantos poetas y payadores latinoamericanos que las convirtieron en algo propio de nuestra cultura.

Por eso, a partir de aquella gran experiencia, las semblanzas de amigos y parientes, como el recuerdo de actividades familiares quedaron registradas en sencillas décimas, generalmente festivas, sin mayor trascendencia, como esta primera estrofa de una invitación a una fiesta de Año Nuevo:

El artista que suscribe,  
junto a su dilecta esposa,  
en forma muy afectuosa  
como la regla prescribe.  
A usted cordialmente pide  
honrarnos con su presencia  
en una gran convivencia  
con los amigos de siempre  
el treinta y uno e' Diciembre  
en nuestra actual residencia.

Pero la inspiración nunca llegó para hacer algo más serio, más elaborado y de mayor valor, esto tal vez por aquello que dijera Violeta:

De niño fui a preguntar  
a mi gran tía violeta:  
tía, para ser poeta  
¿qué debiera yo estudiar?  
me miró sin contestas  
para luego de un momento  
Decirme sin miramiento:  
Jaime, ya nada que hacer  
eso se trae al nacer  
y se le llama talento.-







## Mención Honrosa



# Violeta, Flor Sancarlina

Autora:

María Inés Domínguez Venegas

Maipú

En la comuna de San Carlos, Ñuble  
pueblo campesino de la octava región,  
un 4 de octubre de 1917  
nace la niña Violeta Parra  
hija de Clarisa y Nicanor  
en una casita grande  
de aspecto colonial  
ubicada en calle Roble  
a pocas cuadras de la Plaza  
y del centro comercial.

Crece en un hogar de gente sencilla  
junto a sus padres y hermanos  
trabajadores de la tierra  
viñateros, sembradores, inquilinos  
De lindos campos cordilleranos  
como Semita, Monte Blanco  
San Gregorio y San Fabián de Alico.

Desde muy niña Violeta  
vio como su padre tocaba la guitarra,  
y a un pariente suyo el arpa y piano  
eso despertó en ella y sus hermanos  
el gusto por la música instrumental  
y el trabajo campesino sacrificado  
que los unía como grupo familiar.

Guiada por este ejemplo,  
transformó a la guitarra en su compañera.  
la juvenil figura de larga cabellera,  
vestidos floreados y guitarra en mano,  
recorre conocidas calles sancarlinas  
buscando un lugar apropiado  
donde presentar sus melodías  
para llevar ayuda a su familia.

Las polvorientas calles de San Carlos  
Robles, Balmaceda,  
Ossa, Mackenna Riquelme, Serrano  
Carrera, Puelma, Gazmuri, Matta,  
por nombrar algunas de tantas  
dejaron grabada la imagen de la joven violeta  
en su trayecto a la plaza o al mercado  
Como avecilla que en lo alto revolotea  
y como torrente de agüita cordillerana  
baja por los surcos y riega los campos sembrados  
así su pasada refrescó cada una de sus calles  
con su figura, guitarra y baladas  
por muchos sancarlinos hasta hoy día recordadas.

Los padres de Violeta emigraron a Chillán y Lautaro  
Buscando sustento en el trabajo agrícola  
Incursionando en “vendimias”, “trillas”  
Y muchas fiestas de campos,  
Como la llamada “Cruz de Mayo”.  
A todas ellas asistían y se quedaban cantando  
El tiempo que fuera necesario.

A la muerte de su padre  
la vida de Violeta y sus hermanos fue precaria  
teniendo que cantar en circos con su canto y la guitarra  
recorriendo pueblos y fundos como Santa Clara  
Longaví, Retiro, Parral, San Carlos, Villa Alegre,  
Chillancito, Chillán Viejo, Panimávida,  
Colbún, Linares, San Javier  
A veces por alojamiento o algo de comer.

Impulsada por su hermano Nicanor,  
Se traslada a Santiago en 1932  
Atraída por la música, su gran pasión  
Canta en lugares populares de la ciudad,  
Como el barrio Estación Central.  
Conoce entonces a un obrero ferroviario  
Con quien contrae matrimonio  
Fruto de ese amor nacen sus hijos  
Isabel y Ángel Parra artistas prodigiosos.  
En una compañía de teatro  
Se hace llamar "Violeta de Mayo".

Violeta mujer multifacética y feliz,  
Compone canciones, décimas y música instrumental,  
Hace giras por el país,  
Es además pintora, escultora, ceramista y bordadora.  
Integra compañías de teatro y Peñas Folclóricas.

Escribe Run Run se fue pal norte,  
Arriba quemando el sol,  
Por qué los pobres no tienen,  
Casamiento de negros,  
El guillatún y muchos más.

En 1949 contrae matrimonio nuevamente  
y nacen sus hijas Carmen Luisa y Rosita Clara  
dos bellas florecillas que transforman su jardín  
perfumándolo con nuevas poesías, acordes y cantos  
en medio de un trabajo estelar agitado  
que ya se alzaba fuertemente  
en radioemisoras santiaguinas  
y actuaciones eminentes.

En la década de los 50  
Violeta logra la cúspide de su carrera,  
escribe música para el cine chileno,  
siendo objeto de aplausos, elogios, premios,  
se le abren muchas puertas  
a lo largo de Chile y Sudamérica.  
Viaja también a Europa  
es reconocido internacionalmente su talento  
con sus presentaciones en televisión,  
recitales en la UNESCO  
conciertos y presentaciones  
su éxito sin duda es motivo de emoción.

De regreso a su país  
la florecilla del campo colapsó  
la pena y soledad rasgaron su corazón  
la muerte de su hija Rosa  
y la ausencia de su segundo amor  
impiden que Violeta termine la prosa  
de su siguiente canción  
terminando con su vida en febrero de 1967.

Violeta nuestra  
Tú no estás muerta  
Vives entre nosotros.

Gracias a la vida  
Que nos dio a Violeta Parra.-



# Violetta



## Mención Honrosa



# Pinceladas Autobiográficas junto a Violeta Parra

Autor:

Sergio Fuentealba Rodríguez

Macul

Me pidieron que contara  
Mi vida desde el comienzo  
Decido elegir la forma  
Será en prosa y también en verso

Ha sido feliz familia  
La que mis padres formaron  
Trayendo al mundo cuatro hijos  
Que su existencia llenaron

Siendo mi madre maestra  
Quiso hacer vivo su sueño  
Y junto a mi padre crearon  
Su quinto hijo, un colegio

Como hijo mayor yo quise  
Apoyarla en su ideal  
Y sin dudar un instante  
Ingrese a la escuela normal

Después de cumplir los cursos del plan de estudios de la Escuela Normal Superior “Jose Abelardo Nuñez”, obtuve el honroso título de profesor normalista en 1956.

Con este título en mano ejercí docencia fuera de Santiago como lo exigían las normas del primer nombramiento.

La primera destinación fue como Director de la Escuela Rural en Olivar Bajo, en la sexta región, hoy llamada del Libertador Bernardo O’Higgins.

En ella no solo fui director. Primero hube de realizar la matricula de los niños, a caballo, visitando cada una de sus casas. Luego, hacerme cargo del aseo de la escuela y de la alimentación. Pronto algunas madres vinieron a prestar su ayuda en estas labores.

Al cabo de pocos años el amor llego a mi vida logrando el traslado a Santiago donde forme mi propia familia con mi esposa por 52 años, muy felices, a la que llegaron dos maravillosos hijos que nos llenaron de felicidad. Lamentablemente hace nueve años ya no la tengo a mi lado, no así a mis hijos que siempre vuelcan su amor en mi vida incluyendo a mi nieto y a mi bisnieto.

Mientras ejercía mi docencia algo comenzó a inquietar mi interés artístico.

Así obtuve al cabo de dos años mi segundo título: Profesor de Educación Musical matizando con el aprendizaje del folklore chileno, cantos y bailes a cargo de una entrañable amigo y maestro, profesor y gran compositor Rolando Alarcon.

El resultado de todo lo anterior se plasmo en la creación del grupo Chagual junto a otros normalistas amigos llevando nuestro arte a instituciones de educación, salud, comunales y regionales de todo nuestro país.

En 1965 fui llamado a participar del grupo “Fraternitas” formado por el coro de profesores “Pablo Vidales” y alumnos del Instituto de Educación Física de la Universidad de Chile haciendo realidad el sueño de llevar nuestro arte desde Sudamérica a Europa, visitando 14 países con coro y folklore.

Esta experiencia está publicada en el séptimo libro de mi autoría titulado “Itinerario de un Sueño” editado el año 2016, después de 52 años.

En esta gira tuvimos la curiosa oportunidad de vivir en cuatro meses las cuatro estaciones del año. Salimos de Chile en Enero: Verano, llegamos a Rusia en Febrero: Invierno, visitamos Checoslovaquia, Hungría, Yugoslavia, Bulgaria, Grecia, Italia y Francia en Marzo: Primavera, volviendo a Chile en Abril: otoño.

Al regresar a Chile después de estos 4 meses encuentro a mi grupo Chagual planeando la idea de acompañar a Violeta Parra en su Carpa de La Reina, respondiendo a un llamado Radial en ese entonces.

Tuvimos la valiosa y excelente oportunidad de grabar dos LP con temas entregados por nuestra maestra Violeta:

El 1º “Grupo Chagual canta a Violeta Parra”

El 2º “Tu canto viola doliente”, bajo la dirección artística de Ángel Parra.

Se viene a mi memoria  
Tantas historias pasadas  
Para mí son importantes  
Y merecen ser contadas

Entre tantas que he vivido  
Una la tengo muy clara  
Es el tiempo que pasamos  
Junto a Violeta Parra

Era el año sesenta y seis  
Mitad del siglo pasado  
Llegamos a la carpa  
Todos muy ilusionados.

Aquí venimos señora  
Somos el Grupo Chagual  
Deseamos que usted vea  
Lo que queremos mostrar

Adelante dijo muy seria  
Quiero verles su trabajo  
Y en dos horas y media  
No quedó nada guardado.

Al finalizar nuestro trabajo con cantos y bailes del norte, centro-huaso, gañan, y Chiloé, nos dijo muy emocionada que del grupo quería ser ella madrina y allí se nos quedó el alma.

Pasamos todo ese año 1966 yendo al Parque La Quintrala de La Reina en la avenida La Cañada donde Violeta tenía instalada su carpa.

Los martes desde las siete de la tarde a recibir sus enseñanzas, que para todos eran tan santas y los sábados hasta la madrugada a actuar para el público asistente, así fuera una persona o un lleno total.

Para nosotros era muy difícil llegar por avenida Tobalaba en la micro Bernardo O'Higgins N°1 y caminar largas cuerdas por la cañada hasta la Carpa, pero lo hacíamos con mucho entusiasmo y cariño por lo mucho que ella nos daba con la mayor dedicación, aunque fuera muy tarde en la noche.

En este tiempo fue muy emocionante haber conocido a su madre doña Clarisa Sandoval, esforzada y cariñosa, madre de Violeta y sus otros nueve hermanos.

Era una mujer humilde y trabajadora, que con el apoyo de sus hijos pudieron vivir una vida sencilla pero honrada.

Así recuerdo la vida  
Que junto a ella pasamos  
En el corazón se anidó  
Un recuerdo emocionado.

En dos discos LP quedaron grabadas muchas de sus hermosas canciones, dos de las que escribió especialmente para nosotros: "Corazón Maldito" y "El hijo dice que el Padre".

Violeta sigue tan viva  
En el concierto del mundo  
Lugar que ella se merece  
Por su trabajo fecundo

Esta es parte de la vida  
De nuestro grupo Chagual  
Y a los pocos que quedamos  
Nunca se nos podrá olvidar

En la actualidad, con 86 años recién cumplidos, estoy dedicando mi vida a mi familia amada y a participar en clubes de Adulto Mayor: Presidente de "Raíces de Nuestra Tierra", conjunto Folklórico de Ñuñoa, Director del grupo Literario "Vicente Huidobro de Macul", director del coro "Coro Renacer Cantando de Macul", actualmente preparando con el coro un programa en homenaje a nuestra gran Violeta Parra, en el centenario de su natalicio.

Con el proyecto Senama 2017 pretendo llevar el Coro Renacer Cantando de Macul a Pucón y Villarrica, en representación de nuestra comuna de Macul, cuyos contactos ya están realizados a nivel alcaldicio, depto. de cultura y depto. de adulto mayor en ambas comunas y con el apoyo en el transporte de nuestro alcalde de Macul, a presentar recitales con canciones de Violeta para colaborar en la difusión de su obra y la preservación de su recuerdo a nivel nacional y mundial.

Esta es mi vida señores  
Entregada toda al arte  
Poesía, canto y folclore  
Con dedicación la comparten.-







## Mención Honrosa



# Reencuentro con Violeta

Autora:

**Claudia Muzzio Jeffs**

Macul

Hace algunos años, pocos o muchos, según se quiera considerar, en mis comienzos del guitarreo, "La jardinera", canción de Violeta Parra, fue parte importante de mi repertorio.

La hermosa receta cantada del uso y significado de flores y hierbas de la tradición campesina, era repetida una y otra vez en los encuentros juveniles y familiares.

Al ingreso a la universidad, tuve la suerte de colaborar en el montaje de la primera exposición que se hacía en homenaje a la recién fallecida Violeta, esta se realizó en la Casa Central de la Pontificia Universidad Católica de Chile, ahí me empape de alguna de sus tantas obras como, pinturas, arpilleras y muchas de sus canciones, tuve la oportunidad de compartir con sus hijos - un tanto esquivos- pero agradecidos del homenaje que se hacía a su madre. Ese homenaje contó con lectura de poemas de Nicanor su hermano, con mesas

redondas, encuentro de grupos folklóricos y finalizó con un recital de Ángel e Isabel Parra, sus hijos y la presentación de Grupo Chagual. Aún conservo el folleto de dicha exposición.

Seguí cerca del folklore y el guitarreo, pero mi camino me llevó por el folklore de Chiloé, mis maestros entre otros Jorge Cáceres, Iranio Chávez y por supuesto Héctor Pavéz, hoy me doy cuenta del gran honor haber aprendido con estos grandes y recordados folcloristas, ¡hermosos tiempos de folklore universitario!

Contraje matrimonio con mi profesor de la universidad, estudioso del folklore plástico y del arte indígena. Por tanto seguí conectada con el folklore y sus tradiciones.

Sin embargo, mi participación en el grupo folklórico se detuvo, conformándome con sólo escuchar el folklore musical de vez en cuando. “No puedo, ni se puede “Volver a los diecisiete”.

Los deberes de esposa, madre de cuatro hijos y “un angelito que se fue a los cielos”, y mi labor como docente. La música clásica favorita de mi esposo, las canciones infantiles y luego los gustos musicales de mis hijos adolescentes, hicieron postergar mis gustos musicales.

La guitarra, solo la tocaba en la misa dominical y sus ensayos, disfrutando especialmente la época de navidad, con los villancicos tradicionales.

Esta la compartíamos con alguno de los hijos, -dicho sea de paso- todos aprendieron a tocar guitarra y hoy comienzan su aprendizaje los nietos con canciones como: “La petaquita” recopilada por Violeta, “El costillar es mío”, o “La Jardinera”

...Pasaron más de cuarenta años...

Ahora viuda, buscando que hacer, pues no tenía contemplado quedarme en casa llorando mis penas. Vuelve a tener sentido “La Jardinera” y su verso “cogollo de toronjil cuando me aumenten las penas, las flores de mi jardín serán mis enfermeras”, y así, mi jardín está lleno de flores y hierbas

En un paradero del Transantiago, nos pusimos a conversar con una persona de mi edad, continuamos el diálogo en el bus. Me comentó del coro de adulto mayor en que participaba, ese día tenían presentación e iba con el uniforme grupo, me mostró fotos de las presentaciones en el Teatro Municipal, me entusiasmó muchísimo.

A la semana siguiente fui al lugar donde el coro ensayaba, ansiosa llegué media hora antes de la hora, fue algo extraño, era mi primera incursión con un grupo de adulto mayor y me presenté. Ese mismo día me integré al coro, era lo que buscaban y el broche de oro lo puso la canción "Renaceré" de la Folklorista Teresa Rodríguez que dice en algunos de sus versos:

"Hoy abriré los ojos, me levantaré, y dejaré las ataduras que me hacen llorar,  
Iré en busca de la libertad, porque libre quiero ser, y de vuelta a la vida renaceré"

Sin duda el contenido y la melodía de este hermoso canto, me hizo renacer y volví a cantar y ahora con más energía.

Y otra vez me encuentro con Violeta, en el coro se habían incluido algunas de sus canciones, e incluso ese año participamos en un homenaje coral a Violeta Parra de varios coros de adultos mayores.

Este 2017, nuestro repertorio corresponde íntegramente a canciones de su autoría, intentando homenajear no sólo el centenario del nacimiento de la Violeta, sino también a ese semillero que fue el Grupo Chagual, cuyas canciones fueron heredadas y enseñadas al grupo por la misma Violeta Parra.

Si ese fue el mismo grupo que había escuchado en su homenaje en la Universidad. Un gran honor compartir hoy, en el coro, con dos de los miembros fundadores de dicho grupo, quienes aprendieron con Violeta, ellos son: Rosario Pérez Hueicha y Sergio Fuentealba Rodríguez, quién dirige el coro Renacer Cantando de Macul ", son sin duda grandes representantes de aquel grupo y a través de ellos, reinterpretar sus canciones, sino también conocer de los íntimos y sabrosos detalles de su aprendizaje en la carpa de La Reina.

Héctor Pavez, quien fuera nuestro profesor en el conjunto folklórico de la Universidad, amigo de Violeta, escribió: "Violeta cumplió con el Chagual, como maestra, artista y ser humano; y el Y aún conservo el folleto de dicha exposición.

Chagual, los hijos predilectos de la artista, supieron darle cariño y compañía a su maestra en sus días de tristeza y de terrible soledad: de esa unión nació la obra que entregan al pueblo de América los queridos compañeros del grupo Chagual"

En el "Coro Renacer Cantando" de Macul, en el cual felizmente participo.

Homenajeamos, cantando, a Violeta, reinterpretando su repertorio inspirados en el Grupo Chagual.-







## Mención Honrosa



# Décimas para la Reconciliación

Autor:

Jorge Castillo Piozza (72)

Providencia

Te acuerdas Violeta  
fue en la radio Minería,  
domingo al mediodía  
que me dio la pataleta,  
me pareció cuchufleta  
tangos yo fui a escuchar,  
y con ello disfrutar  
a una gran orquesta,  
pero bronca manifiesta  
se me vino a provocar.

Tú allí apareciste  
con Angel y la Isabel,  
cantando como un tropel  
a mí me pareció un chiste,  
pero no me puse triste,  
me puse muy embroncado,  
Y también desagradado  
por lo que estaba viendo,  
y así me fui hundiendo  
para así quedar tapado.

No quería escucharte,  
sentía vergüenza ajena,  
si casi sentía pena  
por lo que era tu arte,  
ni siquiera por descartarte  
me gustaba tu actuación,  
no tenía son ni ton  
con su sonido estridente,  
distinto a lo que mi mente  
entendía por canción.

Lo recuerda mi memoria  
tenía menos de trece,  
permíteme que empiece  
a contar esta historia,  
con poco de oratoria  
y mucho de sinrazón,  
con inicio de aflicción,  
pero se fue corrigiendo,  
pronto te fui conociendo  
y entraste en mi corazón.

Ya estaba un poco mayor,  
algo más había vivido,  
cuando le puse oído  
a tu alegría y dolor,  
a tu canto agitador,  
cantabas con argumento,  
me fui poniendo atento  
a tu sentido infinito  
al Velorio de Angelito,  
a Según el Favor del Viento.

En tarde de primavera  
en feria de artesanía,  
pensé, ¡esta es la mía!  
ya no andaré con lesera,  
la abordaré sin espera,  
le hablaré de corazón,  
de ese actuar sin razón  
de cuando era un niño,  
por ese gran descariño  
yo le voy a pedir perdón.

Tú estabas agachadita  
ordenando tu trabajo,  
te acomodaste el refajo  
y miraste calladita,  
todos pasaban piolita,  
parece que te ignoraban,  
seguro que no esperaban  
que fueras lo que tú fuiste,  
el canario con más alpiste  
de todos los que cantaban.

No me atreví a abordarte,  
y me quedé con la espina,  
y me cubre una neblina  
por no ser capaz de hablarte,  
hoy te digo por mi parte  
que eres muy importante,  
que eres rosa fragante  
con una vigencia infinita,  
del folklor la mamita,  
y más vigente que ante.

Todas tus grabaciones  
de a poco fui comprando,  
los recortes fui juntando,  
y también las ediciones  
en sus diversas versiones.  
Las décimas primeramente,  
Pato Manns fue el siguiente,  
Piña y Montealegre posterior,  
también el Libro Mayor,  
ya creo que voy en veinte.

Partiste hace cincuenta,  
si parece que fue ayer,  
y no logramos aprender  
de tu herencia suculenta,  
no las tomamos en cuenta.  
Hoy parece una condena  
para la tierra chilena,  
las cosas no han cambiado,  
poco se ha arreglado,  
Arauco tiene una pena.

Te cuento, en este mundo  
se ha impuesto la codicia,  
hoy reina la avaricia,  
¡ay que dolor más profundo!  
tu canto no fue fecundo,  
pero tengo la esperanza,  
lo digo con confianza,  
que la nueva juventud,  
tendrá distinta actitud  
y lo hará a tu semejanza.

Bueno Violeta querida  
ya me empiezo a despedir,  
lo que te quería decir  
que he guardado por vida,  
espero cierre mi herida  
hecha esta aclaración,  
espero con decisión  
de tu bondad infinita,  
y con dulzura exquisita  
tú me des tu comprensión.-





## Mención Honrosa



# Hay que haberlo vivido pa' poderlo contar

Autor:

Carlos Núñez Cerda (72)

Maipú

Hoy les pienso entregar  
la historia de mi vida  
esa que llaman biografía  
ya comienzo a relatar.  
Yo nací un día dieciocho  
de un largo mes de octubre  
del año cuarenta y cuatro  
a diez cuabras del Mapocho.

Soy del barrio Independencia  
el de calles populares  
llenas de conventillos  
de hambrientos niños descalzos  
de amaneceres y ocasos  
de problemas muy reales  
de guapos, ratas y pillos  
y con creencias menores.



Siendo niño recorrí  
sopotocientas comunas.  
La Cisterna, Conchalí,  
Recoleta y San Miguel,  
muchas calles, muchos barrios  
donde aprendí muy temprano  
de la mano de mi ángel  
lo que es bueno y lo que es malo.

En la pila bautismal  
Carlos me llamó el cura.  
Sólo un nombre pronunció  
bastaba ese pa' un pobre.  
Otros llevan tres o cuatro  
pa' mí no alcanzó el reparto  
y por Carlos me quedé  
muy conforme y sin reclamo.

Tengo acequias y barquitos  
de recuerdos infantiles  
una gran carpa de circo  
y otra chica de gitanos  
un gallinero y un banco  
que mi llanto recibía  
cuando tonto imaginaba  
que mi madre se moría.

Tengo vivo en el recuerdo  
una quinta de frutales  
que podía recorrerla  
pero sólo para verla  
no era nuestro nada de ella  
mis padres sólo cuidaban  
el terreno de la dueña  
que tarde en tarde asomaba.

Muy pequeño fui a la escuela  
de oyente dijo la maestra  
era chico y no tenía  
ni el tamaño ni escritorio.  
Mi padre me hizo uno  
pa' tener donde estudiar  
lo guardaban en la sala  
en un rincón camuflado.

Caminaba veinte cuabras  
con bolsón y con mi silla.  
Al mediar el primer año  
me convertí en un alumno  
legal y matriculado  
con escritorio del grande  
y me llevé el primer puesto  
sin sufrir y sin alarde.

Un poquito más crecido  
me fui a una escuela más seria.  
Vivíamos en la Cisterna  
y en el carro treinta y ocho  
todos los días temprano  
traqueteando, traqueteando  
con un pan por compañero  
hacía mi recorrido.

Cuatro años de enseñanza  
recibí en "la dieciocho"  
de la Plaza Chacabuco  
de mi barrio Independencia.  
El sexto año lo hice  
en una escuela pequeña  
volví a ganar el primer puesto  
pero esta vez de la escuela.

Y luego vino el liceo,  
Liceo de Aplicación  
para aprender otras cosas  
más profundas y más serias  
idiomas y matemáticas,  
y a vivir en carne propia  
algo que no conocía  
llamado discriminación.  
No faltaba la ocasión  
que tus propios compañeros  
nacidos en otras cunas  
para mí desconocidas  
te hacían saber y notar  
haciéndote los vacíos  
por tu ropa, por tu tez  
y por tu propia familia.

Se me hizo difícil la cosa  
y no pude completar  
los estudios requeridos:  
el inglés, la física, y el francés  
y sintiéndolo en el alma  
tuve que irme a trabajar.

Al principio fue sacrificado  
pero valió la pena la experiencia  
aprendí hartas cosas en conciencia  
y empecé a sentirme más hombre y más maduro  
llevando unos billetes a la casa  
después de haber cumplido la jornada.

Fui aseador, fui junior, mensajero  
y con el tiempo fui chofer y de los buenos  
aprendí a manejar las herramientas  
pa' los fierros, la madera o lo que venga.

Con los años descubrí que puedo escribir mis cosas  
y tengo algo que decir con un lápiz y un papel  
también me ha ayudado mucho una musa que yo tengo  
y que apareció una noche sin que lo hubiera pedido  
hicimos vida formal sin libreta de por medio  
pero el amor pudo todo y nunca fue necesario  
que quedara registrado y por escrito.

Trabajando en estos versos, el tiempo pasó volando.  
Cuando vine a darme cuenta ya eran las dos y cuarto.  
El frío me entumecía, la mano se hacía lenta  
y aunque la inspiración quiso venir a darme otra vuelta,  
me decidí a descansar.

Apagué máquina y luces, fui a saludarla a la cama  
pero la encontré dormida y ahí me quedé, mirando.  
Su expresión era tan dulce, quizá que estaba soñando.  
De seguro con sus nietos, razón última y primera  
de su manera de amar.

El arcón de los recuerdos se abrió como por encanto  
y aparecieron imágenes que llenaron nuestro cuarto  
trayendo el momento aquel de aquella prima mañana  
cuando unimos cuerpo y alma en aquella tibia cama  
de nuestro primer amar.

¡Qué tiempos vivimos! ¡Qué cosas pasamos!  
en estos tantos años de tanta vida formal.  
Fue nuestro el cariño de hijos y nietos,  
de amigos cercanos, de todo el entorno  
del clan familiar.

También fueron nuestras la angustia y la pena,  
la ausencia obligada de nuestra familia,  
de nuestros amigos, de la tierra nuestra,  
cuando decidimos, con mucha tristeza,  
lejos emigrar.

Catorce años vivimos en aquella otra tierra  
que no era la nuestra, pero la hicimos nuestra.  
Aprendimos a quererla y también a aquella gente,  
abriendo caminos, despejando horizontes  
en nuestro nuevo hogar.

Pero todo pasa y algo queda en la esfera de la vida.  
Volvimos a nuestra tierra con temor y sin medida  
pensando muy allá adentro que podíamos vivir  
de nuevo en nuestro terruño aún a medio morir.  
¡Cuánto nos costó aclarar!

Sin soltarle ni un trocito, apretamos cinturón  
y salimos adelante con esfuerzo y con pasión.  
Mas, la vida dijo otra cosa y nos llegó el temporal.  
El camino se hizo duro, no lo pudimos capear.  
Perdimos hasta el pensar.

Pero Dios que es poderoso, hizo liviana la carga  
soltó el "apreté" del cuello y nos dio la lienza larga  
para agarrarnos con fuerza y salir de aquel abismo  
y de ahí para adelante vivimos con optimismo.  
¡Sólo nos queda alabar!-





## Mención Honrosa



# Mi amigo Cáncer y el Voluntariado

Autor:

Raúl Roirón Quiroga (67)

Santiago

¿Sabían que el árbol Ginko Biloba, fue el único ser que sobrevivió a la bomba atómica lanzada sobre Hiroshima? Motivo por el cual se le conoce como el árbol de vida, también el árbol de la esperanza.

De mi entretenida y apasionada vida, cuento un fragmento muy especial, que tiene relación con el cáncer. Aquí, va mi historia.

Trabajé en una importante empresa del rubro generación de energía eléctrica. La mayor parte del tiempo en Central Ventanas, de la comuna de Puchuncaví. La compañía, realiza exámenes preventivos de salud a todo el personal. En uno de ellos me informaron que, me debía de hacer exámenes más completos. Mi antígeno prostático estaba alterado. Época de navidad, vacaciones, y me olvidé. Pasaron dos años y llegó un nuevo control médico a todo el personal. Diagnóstico, un cáncer prostático. Mi médico tratante, estaba muy complicado para darme la noticia. Tenía que operarme lo más pronto posible. Le dije,



tranquilo, si llegó un amigo a mi vida, tendré que saber atenderlo. Le causó mucha gracia mi forma de pensar. Me tocó a mí, porque soy hijo del rigor y una persona acostumbrada a superar los obstáculos que da la vida.

Fui operado, intervención que no estuvo exenta de problemas, pérdida de mucha sangre y problemas cardiacos. El médico, me recomendó que debía de hacer un sacrificio. Contratar una enfermera particular para las primeras tres noches que debía de estar en la clínica. La primera noche ningún problema, salvo los malestares propios de estar conectado a diferentes aparatos y algunos dolorcillos.

La segunda noche, sucedió algo increíble, que, hasta el día de hoy, no encuentro respuesta. Estaba dormido, cuando de pronto, siento que me zamarrean fuertemente. Despierto y pregunto qué pasa. Veo una silueta difusa. La enfermera que estaba a mi lado durmiendo con un ojo, me pregunta ¿Quién entró? Le conté lo sucedido, la pobre casi sufre un infarto. Salió corriendo para informar a la enfermera de turno, se armó todo un caos. En la mañana siguiente enfermeras y médicos, me preguntaron por lo sucedido. En el cambio de turno una enfermera con años de experiencia en la clínica, me dijo: Don Raulito, no es primera vez que sucede lo que usted vivió, y en esta misma habitación. ¿Quiere que lo cambiemos? No, por ningún motivo, hoy conocí a mi ángel guardián.

Me siento una persona afortunada, agradecida de la vida. Recibí muchas muestras de afecto. Mientras estuve internado en la clínica en Viña del Mar. Familia, amigos, compañeros de trabajo, y ejecutivos de la compañía, me visitaron. Algunos con residencia en la ciudad de Quintero, otros en Valparaíso, Viña del mar, Calera, Quillota, Quilpué, Villa Alemana y Santiago. Aquellos compañeros de trabajo que por razones laborales no me visitaron, me llamaron para darme ánimo y una pronta mejoría. También recibí llamadas desde otras centrales a lo largo del país. Me sentía querido, incluso llamadas fuera de horarios normales, las recibía con gran alegría. Me di cuenta que era una persona querida en la compañía, no lo sabía. Año 2008.

Fui dado de alta, con recuperación en casa, vivía en Villa Alemana.

Pasó un breve tiempo y volví a trabajar, mi amigo cáncer, no me quería abandonar totalmente. Hubo que iniciar las sesiones de Radioterapia.

Consiente que iniciaba una nueva etapa entretenida de mi vida, más la ayuda espiritual, de la familia, amigos y el fantástico poder de la mente. Si el poder mental muy importante para enviar mensajes al cerebro, por ejemplo: Voy a estar bien, Voy a estar bien, no tendré problemas. Generalmente los pacientes tratados con Radioterapia, adquieren entre otros, problemas intestinales, urinarios, cansancio, falta de apetito, sequedad de la boca, etcétera.

Teniendo chipe libre por parte de mi jefatura, en el sentido que yo, decidiera. Si después de la Radioterapia, dirigirme a la Planta o no. Habría sido fácil, manifestar que me siento mal y volver a mi casa después de la sesión. En mi caso, no tuve problemas, salvo pequeñas muestras de debilidad o fatiga. Pero no para hacer la cimarra.

La Radioterapia me la realizaban en la Clínica Reñaca de Viña del Mar. Mi trabajo en Central Ventanas, comuna de Puchuncaví a una distancia considerable como para poder tentarse en volver a Villa Alemana. Pero, necesitaba tener mi mente ocupada y no pensar en negativo. Cada día después de mi tratamiento, tomaba la locomoción colectiva para dirigirme a mi trabajo. No existe trabajador o persona irremplazable, todos somos desechables con el tiempo, ya sea por los avances tecnológicos, como también para dejar el espacio laboral a las nuevas generaciones. Existía otra razón de mucha Importancia. Mis Alumnos de la Educación Dual.

Para los que no conocen la Educación Dual. Se trata de alumnos de 3º y 4º medio de liceos industriales, que realizan, una práctica anticipada en las empresas. En donde las muchachas y muchachos conocen en primera fuente las responsabilidades laborales: Trabajo de equipo, normas seguridad, responsabilidad, respeto a sus pares y maestros guías, responsabilidad, aceptar y reconocer errores, etcétera. No podía tirar por la borda 12 años de voluntariado, comprometido con los alumnos de escasos recursos, que se esmeran cada día para soñar con un futuro mejor.

Para variar, por el hecho de trabajar muchos años en un ambiente contaminado, me gané una Silicosis leve. Un nuevo desafío para el poder mental. Tomar este nuevo reto, no como algo grave terrible, por el contrario, es algo que llegó a mi vida y debo saber soportarlo y porque no decir “me voy a mejorar, me voy a mejorar”.

Con la Silicosis declarada y ratificada por los organismos de salud, no podía seguir trabajando en Central Ventanas. La compañía, preocupada de mi situación, me propuso cambiarme de planta, que eligiera donde quería estar, hasta el momento de cumplir la edad para pensionarme. Visité varias plantas, tenía dos elegidas, Alfalfal y Laguna Verde. Deseché la primera porque es pequeña en comparación a otras, había poco que hacer y era muy solitaria. Pensé en que la soledad, para mi estado, sería complicado. En cambio, L.V. pequeña planta que funciona solamente en casos de emergencia, había mucho que hacer. Propuse un plan de mejoras a la jefatura del área producción y fue aceptado el presupuesto. Laguna Verde, la Adulta Mayor de las plantas de la compañía, quedó maravillosa. Los funcionarios de L.V. fueron fundamentales para que el proyecto fuera todo un éxito.

Finalmente, llegue a un acuerdo, un muy buen, acuerdo con la Empresa, el que me da hoy en día, una cierta tranquilidad. Negocié solo, ya que, el Sindicato me abandonó. Los muy patudos, querían que les informara que había hecho, para copiar la estrategia para otros trabajadores los que se encontraban en similar situación a la mía.

Pensionado volví a Santiago, lo había prometido a mi señora esposa. Ella nunca se acostumbró a vivir fuera de Santiago. La entiendo, ya que ella pasaba siempre muy sola.

Estando radicado en la capital, me dije ¿y ahora qué hago? Primero los contactos para continuar como paciente GES y lugar de atención. Segundo el IST, para el seguimiento de la Silicosis.

Algo faltaba para ocupar tanto tiempo libre, que se estaba perdiendo. Algunos trabajos para mi Empresa como funcionario externo. No me sentía útil, hasta que

fui invitado por una municipalidad, para integrar un equipo de voluntarios que acompañan una vez a la semana a personas que viven solas. Fue una experiencia única, me tocó un señor de 100 años, lúcido, conversábamos mucho, teníamos cosas en común. Él, como agente comprador de metales para ENAMI, conoció muchos lugares del Norte y yo los mismos cuando anduve patiperreando: El servicio militar en la misma unidad militar, el Regimiento de Infantería N°7 Esmeralda en la ciudad de Antofagasta. Las cosas de la vida...lo malo, él de la U y yo del Colo.

SENAMA, me invitó a participar en el Programa "Te Acompaño". Las personas mayores nos incorporábamos a la prevención de drogas y alcohol en niños de educación básica. Esta oportunidad fantástica de sentirse útil a la sociedad, no la podía desperdiciar. Por otro lado, mi amigo cáncer, estaba dando indicios de haber vuelto, por tal motivo partí con un tratamiento de hormonoterapia, cada tres meses. Algunos problemillas como bochornos, nada más.

No bastaba solamente con la experiencia de vida de las personas mayores para participar en el programa, por tal motivo, hubo que capacitarnos, trabajo realizado por profesionales SENAMA. Recibimos una didáctica literatura como material de apoyo para nuestro voluntariado. Quedamos en condiciones de ser Mentores.

Tenía inquietud con respecto a la reacción de las niñas y niños participantes del programa, al encontrarse con personas mayores. Por su parte, ellos, los niños también tenían un grado de preocupación y nerviosismo, actitud normal ante lo desconocido. Nos juntamos en el colegio alumnos, profesores, personal de SENAMA y los Mentores.

Hechas las presentaciones, cada Mentor, quedó con la responsabilidad de trabajar con un niño o dos como máximo. Teníamos muy claro que no reemplazaríamos a Los Padres, Apoderados, Tutores, Profesores, Etcétera. Comenzamos a trabajar muy contentos, estábamos siendo considerados, como personas útiles a la sociedad. Actores con rol protagónico.

El comedor del colegio, fue el lugar que se nos asignó. Cada Mentor, con sus niños eligió un lugar separadamente para trabajar.

Mi experiencia, fue maravillosa, el hielo que se produce al encontrarse dos generaciones tan distintas y totalmente desconocidas, se derritió inmediatamente. Bastó una sonrisa, un saludo y un apretón de manos. Las manos dicen mucho de las personas.

Existía preocupación por los diferentes caracteres de los niños. Autoestima muy baja, problemas para leer, bajo rendimiento escolar, falta de interés, un poco rebeldes, etcétera. Problema principal: su casa.

Poco a poco, sin presionarlos y sin imponerles nada, los niños comenzaron un cambio importante. Comprendieron que la vida es bella, que nadie está libre de problemas y nada es fácil. Los sueños se pueden cumplir, pero con trabajo, intentando una y otra vez. Su autoestima cambió considerablemente, ahora saben que son personas que valen mucho y que tienen derechos, como también obligaciones.

Cierto día les puse un ejemplo. Un orador, ante un masivo público, mostró un billete de \$10.000. Preguntó ¿Quién lo quiere? Todos levantaron la mano. Después, tomó el billete, lo arrugó bastante. Preguntó ¿Quién lo quiere? Todos levantaron la mano. Después de estar totalmente arrugado el billete, lo pisoteó bastante. Preguntó de nuevo. ¿Quién quiere este billete? Todos levantaron la mano. Este simple ejemplo, nos enseña que por mucho que nos traten mal, nunca perdemos el valor como personas. Los hacía leer pequeñas historias. Por ejemplo: La historia del lápiz, que narra la linda relación entre una abuela y su nieto.

Cada Mentor, debía de cumplir con los compromisos adquiridos. No faltar a ninguna cita con los niños, sin avisar antes, participar activamente en las reuniones técnicas con la encargada regional del programa Te Acompaño.

Con el pasar de los días, cada Mentor se fue ganando la confianza con los niños. En mi caso me encariñé. Ellos sin saberlo, me ayudaron bastante para

no pensar en mi situación de salud. También, realizábamos talleres grupales con resultados asombrosos, todo querían participar. La última actividad en el colegio, fue un taller de reciclaje, ellos los niños pintaron los contenedores de diferentes colores, para posteriormente, colocar los nombres de cada tipo de material a reciclar.

Para finalizar la actividad del programa Te Acompaño, fuimos todos invitados a una actividad en el Museo Aeronáutico de Los Cerrillos. Niños, Coordinadores, encargados del programa, Mentores participantes de los diferentes colegios del área metropolitana. Disfrutamos de una linda velada en la que nos acompañaron autoridades de SENAMA y de Gobierno. Fin del Programa te Acompaño.

Víspera de Navidad, en mi caso, fui al colegio para entregar un presente a cada uno de mis regalones, dos varones y una niña. Otros Mentores hicieron lo mismo.

Se nos terminó el voluntariado con los niños, pero ya estábamos trabajando "Los Adultos Mayores Ayudantes del Viejo Pascuero" en la campaña navideña de Correos Chile.

En el 2008 y principios del 2009, apareció mi amigo cáncer, fui operado y tratado. Todo bien, mi amigo cáncer se fue de parranda. Pero, en el 2015, mi amigo apareció en gloria y majestad. Tome la situación, con calma, no resignado. Había que luchar. El 12 de noviembre, comenzaron las sesiones de Quimioterapia. Me pilló en plena campaña navideña de Correos Chile. Contra viento y marea, asistí prácticamente todos los días. Siempre pensando: Tengo que estar bien, tengo que estar bien. Esta actitud positiva, creo que me ayudó a no tener mayores problemas. Cuando quedé pelado al "0" me dije, me veo bien. Me parezco al tío Lucas.

Confieso que he vivido, una de las satisfacciones más grandes de mi vida, sin duda. Recibí de mis amigas y amigos de los Ayudantes del Viejo Pascuero, demostraciones de afecto, cariño y buenas vibras. Una de las pascueras perteneciente a una iglesia cristiana evangélica, me contó que todos los domingos me incluían en sus oraciones y peticiones a Dios por mi salud. Saberlo, me emocionó

hasta las lágrimas. Durante todo mi proceso, nunca me había quebrado. Por otro pascuero un amigo Psicólogo, me regaló sesiones para superar mi estado mental y superar los pensamientos negativos. La Psicología energética, técnica de sanación emocional que practica este pascuero me fascinó, por tal motivo me interioricé del tema, busqué literatura y mucha información.

Me enteré que la psicoterapia nos provee de herramientas de auto ayuda excelentes. Se conoce como las técnicas del golpeteo. Es una especie de acupuntura, pero sin aguja, no sustituye el tratamiento médico y Psicoterapéutico.

La ayuda de los pascueros continúa. Otra amiga, me regaló un preparado de Aloe Vera para tratar mi Cáncer. Sólo tenía que tener mucha fe. Cada cucharada que tomaba, así lo hacía con mucha fe. Pero esta amiga pascuera, no se quedó tranquila. Me preguntó ¿Crees en los monjes brasileños? Si le respondí.

Confieso que he vivido nuevamente, una experiencia linda y llena de bondad y amor.

Mi amiga, me confidenció, que tiene contacto con los Monjes Brasileños y que cada cuatro años vienen a Santiago. Los recibe en su casa, para que atiendan a aquellas almas que de una y otra manera están sufriendo. Por razones de tiempo los monjes tratan solamente a un pequeño grupo de personas, seleccionadas previamente, yo estaba entre los elegidos.

Toco el timbre, se abre la puerta y veo varias personas vestidas con túnicas blancas. Inmediatamente, una de ellas me toma la mano y me lleva a una sala en el interior de la casa. Un señor, se levanta y reclama ¿Por qué lo atienden primero? La persona, con un gesto, le dice silencio. ¿Cómo se dio cuenta que yo venía estresado producto de un taco infernal de tránsito? Me realizó una pequeña terapia. Increíblemente quedé totalmente relajado. Más tarde me atendió, al parecer el líder de los monjes.

Recibí precisas instrucciones las que debía de cumplir al pie de la letra, si quería participar en el proceso de sanación. Durante seis meses, todos los días martes a la 11:00 horas, recibiría la visita a distancia de los monjes

brasileños. Por mi parte, yo solamente debía de tener fe, mucha fe. Los seis meses, pasaron volando.

Alguien me dijo. Raúl, si no te hace mal, acepta y recibe todas las buenas vibras y demostraciones de afecto, que te proponen las personas que te quieren.

Antes de iniciar mi relato de este lindo concurso de relatos de historias de vida de las personas mayores, menciono un árbol. El Gingko Biloba. Tengo un Hobby. Colecciono hojas de árboles. Hasta hoy, tengo 78 muestras especies arbóreas, debidamente identificadas. El Gingko, me fascinó. No solo por sus múltiples beneficios medicinales, sino porque es un ejemplo de lucha por vivir. Sobrevivió muchas crisis. Me identifico plenamente con este maravilloso árbol.-







## Mención Honrosa



# Era de Salamanca

Autora:

**Malva Cruzat González (90)**

San Ramón

Tierra de brujos, de hechiceros dicen que es Salamanca. “No creo en brujos Garay, pero de haberlos... los hay.”

Me remonté, a raíz de un reportaje visto en TV, a décadas atrás en mi vida, más vale no precisar a cuantas. (Es top secret) En esa maravillosa época que se es crédula de las fantasías que llegan a uno y las da como hechos.

Trabajaba en mi casa, mejor dicho en la de mis padres una mujer, Digna se llamaba, oriunda de esas tierras, de Salamanca, según leyendas y mitos origen de brujerías, de contacto con el Maligno. Siempre me amedrentaba cuando hacía alguna maldad, porque yo era algo traviesa, con hacerme un hechizo, por ejemplo convertirme en chivato o que me salieran espuelas de gallo en mis tobillos o en un enano arrugado, feo gruñón y con una verruga muy grande en la punta de la nariz, con una larga barba que la arrastraría por el suelo y muchas terroríficas brujerías más, y si esto era dicho en la noche, cuando me quedaba sola con ella, ya que mis padres habían salido, me corría un hilito helado por

la espalda y corría a mi cama desapareciendo entre las cobijas con el corazón en la boca o en cualquier lugar ,menos donde debía estar

Ella, Digna, me tenía convencida que tenía ese poder de ser bruja, y me decía que su mamá y abuelita también lo habían sido y se lo había transmitido a ella. Ambas nacidas en Salamanca, lo que yo creía a carta cabal. ¡Que ingenua! Pero me portaba bien, dentro de lo posible. Por lo tanto seguí siendo niña sin espuelas de gallo en mis tobillos, el chivato rumiando pasto fresco por ahí y el enanito perdido en algún bosque oscuro y tenebroso.....muy lejos de mí.

Sucedió algo que ella bromeando predijo.....y yo con eso confirmé que era tal. ¡Una bruja! Siempre me cupo el privilegio de la duda.

Era costumbre los Domingos, después de almuerzo, hacer un paseo familiar en lancha desde el embarcadero del puerto de Valparaíso hacia la playa de Las Torpederas. Se llevaba un termo con tecito, pan, huevitos duros, además el traje de baño, toallas y juguetes playeros. Era toda una ceremonia armar todo esto y meterlo dentro de una bolsa ad hoc.

Un día así, mis padres planearon hacer ese tour. Esta brujita, Digna, me pidió la llevara. Yo me negué, no dependía de mí hacerlo. Ella, entonces, me contestó que iba hacer un maleficio para que la lancha se hundiera y que me tragan enterita los "pescados".

No se le dio mayor importancia a esas palabras, tal como las muchas hechiceras anteriores: eran boberías, hasta provocó risa a mis padres e íbamos embarcados veinte navegantes felices, metiendo las manos en el agua rizada a nuestro alrededor y salpicándonos alegremente con ella, (entonces no se usaba los chalecos salvavidas, íbamos a la buena de Dios), cuando empezó a salir el viento sur huracanado tan típico de este puerto cuando hace calor y es verano; las olas eran amenazadoras y la lancha corría el peligro de irse mar adentro o de volcarse. Para mayor remate, el motor sufrió un desperfecto irreparable en alta mar. Ni siquiera un miserable remo había para controlar la embarcación. ¡Terrible momento!

El histerismo empezó a cundir entre las mujeres. Yo estaba aferrada a las piernas de mi padre buscando seguridad, llorando lógicamente. Los otros niños arrodillados sobre el fondo de la lancha, con bastante agua en el fondo, las olas nos querían llevar, pidiendo a Diosito, con las manitos juntas, se acordara de nosotros y nos salvara. Nuestras ropas estilaban y teníamos frío. El huracán nos azotaba sin piedad. La costa se alejaba cada vez más. –Menos mal– escuchaba decir, estamos de frente al viento, porque al estar de costado, nos habríamos dado vuelta y de campana además . Eso de campana no lo entendí.

Los baldecitos de juguete que llevábamos los niños, con los que haríamos moldes con la arena de la playa, se hacían pocos para vaciar el agua que subía por momentos dentro de la lancha junto con el pánico que crecía cada vez más.

Yo me acordaba de las palabras de Digna, de su brujería y me veía en el fondo del mar dentro de la barriga de un gran pez. ¡La lancha se iba a hundir! ¿Por qué no la traje? Pero mi papá había dicho no.

Los hombres se sacaron las camisas haciendo desesperadas señales de auxilio hacia tierra, parecían alcatraces batiendo rabiosamente sus alas. Las voces y llantos nuestros se perdían entre el viento y el mar– La situación era bastante seria.

Afortunadamente nos divisó una lancha guarda costas, sus tripulantes otean con binoculares constantemente el mar, llegando prontamente a rescatarnos. En la maniobra de saltar entre las dos embarcaciones para que no se separaran, los varones las sujetaban para efectuar el trasbordo. Lógicamente las mujeres y niños primero. Mi padre cayó al agua cuando las lanchas se apartaron, porque fue el último en hacerlo. ¡Mi héroe tenía que actuar así!

Fueron mis gritos y llanto llamando a mi papá, los que se apagaban entre el silbido del viento y el chocar de las olas dentro de lo poco a flote de la embarcación, porque lo vi desaparecer en esa muralla de agua. Fueron dos marinos de la lancha salvadora quienes lo auxiliaron. Para mí unos ángeles mandados del cielo. ¿Y la bolsa con la merienda? Quedo en la lancha junto con los baldecitos y demás.

Por fin sanos y salvos, claro que con mucho susto aún y con aislados llantos, desembarcamos en la playa que era nuestro destino. Manos generosas nos facilitaron toallas, cafecito caliente, pancito de huevo y palabras de consuelo. Yo pegada al lado de mi padre llorosa aún, mirando sus brazos y piernas rasmillados al caer entre las dos lanchas al apartarse éstas durante el salvataje.

De regreso a casa. Mi madre le contó lo sucedido a Digna, quien a medida que escuchaba la narración, iba cambiando de color y llorando pidió perdón prometiendo que nunca más haría una broma así, ni amenazar tontamente con un hechizo a la niña, es decir, yo.

A mí me quedó la duda si era o no una bruja, pero no recuerdo haber nuevamente escuchado de hechizos, brujerías...y la vida siguió.

Años... años después, en el día de mi boda, al salir de la iglesia del brazo de mi esposo, vi a esta mujer, vieja ya, con canas plateando su cabellos, se había retirado hacía tiempo de trabajar, haciéndome señas desde la esquina del templo. Seguramente leyó en el diario el aviso de mi matrimonio en Vida Social. A ella le gustaba ver salir del templo a las novias. Dejé asombrado a mi flamante marido, la puerta del auto abierta y la lluvia de arroz sobre mi cabeza y corrí hacia ella.

Esa nana querida, me abrazó emocionada deseándome toda la felicidad del mundo y sonriéndome, picarescamente, tal como lo hacía años atrás con sus amenazas me dijo - yo nunca fui una bruja, mi niña querida... Pero de haberlas... si las hay.







## Mención Honrosa



# La clase del 11 de septiembre

Autor:

Leonardo Alejandro Mena Ríos (84)

Pedro Aguirre Cerda

El día está radiante. Quiero estar pronto en el liceo. El tema de filosofía que he preparado, tiene referencia con el convulsionado ambiente político que sufre el país. Me ilusiona la posibilidad de hacer una buena clase. Y es así como el sonido de la campana es una motivación para estar pronto frente a mis alumnos de cuarto medio.

Les saludo.

- Hoy corresponde tratar el marxismo. Formarán siete grupos de seis alumnos cada uno. Les invito a leer la página que tienen en sus manos. Aclararé las dudas que se presenten. Ahora, a trabajar. Pasaré lista en silencio.

Parecen interesados-pienso-.

- ¿Qué les ha llamado la atención? -Les pregunto-.
- El título -interviene una alumna-.



Bien. ¿Puede leerlo?

- “¿La historia hace al hombre o el hombre hace la historia?” Me parece que destaca el valor de los procesos históricos como base fundamental de los cambios sociales.

Sí, está bien. Hay, sin embargo, otra idea implícita en él.

- Sí, señor -interviene otro alumno-. Los cambios sociales pueden surgir también por la presión de personalidades fuertes pisoteando valores, intereses y derechos de las clases sociales.

Se ha puesto en evidencia un problema esencial: ¿Es más importante la sociedad que el individuo, o éste tiene más valor que aquella?

- Bien. Continúen leyendo. Tienen 10 minutos.

Muy concentrados, los alumnos intercambian opiniones en voz baja. Poco a poco la motivación política empieza a manifestarse con pasión. Uno dice que lo ideal es una sociedad sin clases, otro cree que la masa no puede ahogar la capacidad imaginativa del individuo, y hay quien cree que la lucha de clases debe ser la respuesta a las injusticias sociales creadas por la burguesía.

La puerta de la sala es abierta violentamente, interrumpiendo la clase. Ingresó el Presidente del Centro de Alumnos, está claramente nervioso.

- ¡Compañeros -alza la voz-, las fuerzas armadas sitian el Palacio de Gobierno. Pretenden derrocar a nuestro Presidente. Esto puede ser el comienzo del fin de nuestro gobierno legalmente constituido. Es un imperativo defender a Salvador Allende!

Es tan profunda su pena, la fuerza de su discurso, que abandono la sala, corro hacia la Dirección del Liceo, allí, la Directora y el personal escuchan sorprendidos y en silencio las informaciones radiales. Ha ocurrido lo inevitable. Salvador Allende ha sido derrocado.

Ensimismados y con mucha incertidumbre abandonamos el Liceo. No hay movilización colectiva en toda la ciudad. Una muchedumbre de personas pulula avanzando hacia distintos puntos cardinales.

He logrado llegar a casa. Nos abrazamos con mi mujer, Sakuntala, y mis hijos. La familia está completa. Tomo sus manos y miro sus grandes ojos verdes, ha llorado. Las noticias son desalentadoras, teme por la suerte de sus padres y hermanos. Sus militancias destacadas en partidos de izquierda los hacen vulnerables frente al régimen.

Pienso en mis cuatro hijos. Ariadna, Alejandro, Leonardo y Solange. ¿Qué les deparará el destino? Pese a las circunstancias, deben seguir siendo niños. Sakuntalanos llama a almorzar. La televisión queda encendida. Desde lejos, se escucha un alboroto.

La clase inconclusa de hoy día ronda por mi cabeza. Vuelvo a hacerme la pregunta que hoy no pude contestar: ¿La historia hace al hombre o el hombre hace la historia? El día de pronto se ha vuelto gris y no sé si esta tarde encuentre una respuesta.-



## Mención Honrosa



# La Petaquita

Autora:

Rosa Aurora Stuardo Hormazábal (85)

Macul

“Tengo una petaquita  
para ir guardando  
las penas y pesares  
que estoy pasando”

Cantaba la insigne, la incomparable Violeta Parra.

La siguiente historia tal vez no tenga nada de singular, pero puede ser la de miles de mujeres de mi país.

Abrí mi petaquita a los cinco años, cuando mi padre, a temprana edad abandonó este mundo, dejándonos a mi madre y a mi huérfana de su ternura.

A los seis meses la semillita que dejó sembrada botó en el vientre de mi madre y nació mi hermana, para alegría de ambas. Desde el momento que acaricié su tibia manito, nunca deseé separarme de ella.

Nuestra madre, una luchadora profesional de la salud, nos dio todo para tener una infancia y adolescencia felices.

Muy joven mi hermana contrajo matrimonio y formó su familia.

Yo me titulé de trabajadora social en la Universidad de Chile. En la cátedra de Medicina Social fui alumna de Don Salvador Allende Gossens.

Ejercí en un medio difícil, el carcelario, sin embargo, lo recuerdo como una etapa hermosa de mi vida profesional.

A los veinticinco años me casé con el padre de mis tres hijos. Nos abandonó cuando el mayor tenía catorce años. La razón, según él, porque me vio en la calle enarbolando una bandera roja. Adujo que eso empañaba el brillo de sus botones dorados. Fue sólo una excusa, él ya estaba interesado en otra falda.

Desde entonces asumí que debía luchar sola por mis hijos y ... vino el golpe de estado. Entonces por la misma bandera roja fui expulsada violentamente de mi trabajo.

El sustento no podía faltar en el hogar, así desempeñé los más variados oficios: planché camisas; con una máquina Overlock remallé miles de medias y chalecos escolares; fui recepcionista en un centro médico; secretaria en otro; dactilógrafa en un laboratorio clínico; colaboradora psico-social de un psiquiatra.

Cuando recibí la indemnización por los años trabajados en la administración pública acepté la invitación de un amigo, nos asociamos e instalamos una fábrica de calzados.

A él lo habían indemnizado con maquinaria, cuando la industria de calzado donde trabajaba cerró y los dueños se fueron con sus capitales al extranjero, huyendo del gobierno popular.

En remates, a bajo precio, adquirimos lo que faltaba; arrendamos una casona antigua en la calle Lira, próxima a Victoria, sector donde abundan los talleres de calzados.

Debido a la cesantía existente, nos fue fácil encontrar trabajadores expertos.

De menos a más la experiencia fue exitosa por varios años.

Mis hijos trabajaban y estudiaban en la universidad.

Todo caminó bien hasta que nos invadieron los zapatos chinos a tan bajo precio que no pudimos competir. Mal vendimos la maquinaria, modelajes, hormas, materiales; indemnizamos a los trabajadores y cerramos.

Lo más penoso fue echar a la calle a nuestros colaboradores, catorce maestros artífices de una gratificante experiencia.

Coincidió la pérdida de nuestra madre, la separación conyugal de mi hermana y su partida a tierras lejanas.

Fue un duelo largo y doloroso.

En la clandestinidad siempre estuve al lado de la gente que luchaba por derrotar a la dictadura, ya no con la bandera roja enarbolada, sino presente en la cabeza y el corazón.

En esos trajines encontré nuevamente el amor. Fue el mejor compañero de vida, mi apoyo incondicional hasta hace un par de años, cuando, en silencio, voló a la eternidad.

“Pero algún día,  
pero algún día  
abro mi petaquita  
y la hallo vacía”

Sí, vacía de pesares. Hoy, a mis ochenta y cinco años de edad soy una anciana feliz.

Percibo una miserable pensión de exonerada política, pero tengo tres hijos profesionales y excelentes personas. Vivimos juntas mi hermana y yo. Tenemos una gran y amorosa familia.

Puedo decir con justicia

“Gracias a la vida que me ha dado tanto”.-



## Mención Honrosa



# Tan lejos... tan cerca

Autor:

Jaime Salinas Veliz

Melipilla

El cielo borrascoso. La brisa fría. En ese marco la estación ferroviaria de Concepción bullía en una inquieta actividad. Una multitud desacostumbrada pugnaba por acomodarse en los vagones del tren próximo a iniciar su viaje. No se escucha el jolgorio acostumbrado en el momento de las despedidas en las estaciones ferroviarias. Por el contrario, el murmullo era apenas perceptible.

Luego, el pitazo del conductor indica la partida del convoy con destino a Santiago.

Eran las 7.30 del día 11 de septiembre de 1973. El convoy se desplazaba lentamente, sin duda porque, eran muchos los vagones y muchos los pasajeros.

Todos sabemos cuán hermosos son los parajes que cruza el ferrocarril en este sector, entre Concepción y Chillán. Pero ese día los pasajeros no estábamos en condición apropiada para admirar el paisaje. La inquietud y la incertidumbre impregnaban el ambiente.



A media mañana, las radios a pilas que algunos portaban, nos dieron la noticia: Las Fuerzas Armadas de Chile daban un Golpe de Estado para derribar al Presidente Salvador Allende.

Los dados estaban lanzados: a partir de ese instante, nuestro futuro personal y el de toda la nación, estaban en juego.

A eso de las 11.30 arribamos a Chillán. Bajé inmediatamente y me dirigí a un "puesto de diarios" a fin de recabar noticias más precisas. La señora que atendía me responde: "Efectivamente han estado bombardeando La Moneda... dicen que falleció el Presidente Allende... aquí, tempranito los milicos se tomaron la Estación."

Por un instante me junto a ese quiosco escuchando las dramáticas noticias que provenían de Santiago. De pronto observo una pequeña patrulla que conduce a cuatro detenidos: eran parte del personal de la Cocina y Comedores del tren. Se escucha la potente voz del oficial: ¡Alto!...pero inesperadamente los detenidos se dan a la fuga a campo traviesa por el Patio de la Estación, saltando entre rieles y durmientes. El oficial repite la voz de ¡Alto!...y luego...¡Apunten!...¡Disparen!...rubricado por el seco y siniestro tamborileo de las metralletas. Uno a uno fueron cayendo esos muchachos, de bruces sobre los rieles...y allí quedaron tendidos con sus blancos delantales...ahora teñidos por la sangre.

El silencio que sobrevino fue abrumador. Uno de los soldados avanzó sobre los cuerpos inertes...les movió displicentemente con la punta de su zapato, constatando su fallecimiento.

Luego otro grupo de soldados, esta vez con camillas, y tal como si fuera una simple rutina, procedieron a retirar los cuerpos...

Elocuentemente, los hechos nos estaban indicando el camino trazado por los noveles gobernantes. El mensaje era claro: la Democracia había sido asesinada; se terminaron los debates, los cabildeos, los acuerdos: sólo quedaba el obediencia inmediata a la orden de la autoridad, la que se impondría con su odio demencial, a partir de ahora, su señal distintiva.

La lección fue clara. Los allí presentes lo comprendimos todo de una sola vez.

Bien avanzada la tarde, reiniciamos el viaje. Ya de noche llegamos a Talca.

Por los parlantes nos indicaron que el tren no podía avanzar hacia el Norte, por ser ésta “zona de guerra”. Que por lo pronto había que pernoctar en ese recinto con la prohibición absoluta de salir fuera de él.”

Todos estos mensajes naturalmente aumentaban nuestra inquietud y zozobra al pensar en los parientes residentes en la zona aludida.

–“Tan ancianos y tan débiles mis pobres padres... ¿Cómo lo estarán pasando?”

Entretanto nosotros dada la condición de pasajeros empezábamos a tener problemas: en nuestro vagón viajaban dos mujeres con guagua. No contábamos con agua y además todo el comercio estaba cerrado. Cuando requerimos al guardia por alguna solución, se encogió de hombros... y continuó su ronda.

Esa madrugada ha sido la más larga y angustiada que he vivido. Por lo pronto, no aparecían por parte alguna, señales satisfactorias; por el contrario, todo aparecía brumoso y agobiante.

El trayecto a Santiago y enseguida a Pomaire se transformó en una verdadera odisea: innumerables controles: uniformados con rostro ceñudo, aparentemente muy entendidos en todas las materias, manipulaban mis libros, acariciaban sus lomos y con gesto ampuloso propio de los entendidos, daban el beneplácito, autorizándome con ello para continuar el viaje. La razón de mi desasosiego es que esos libros eran casi todos de autores genuinamente marxistas. Por esta vez, y sólo por ésta vez: ¡Benditas sean la petulancia y la ignorancia cuando van juntas!

Al atardecer del tercer día de este viaje infernal, pude por fin, llegar a la casa de mis padres.

La alegría de mi pequeño núcleo familiar fue indescriptible. De nuevo me encontraba en mi refugio al resguardo de las precariedades e incertezas vividas

recientemente. De nuevo me podría reencontrar con la tranquilidad de espíritu y con la serenidad suficiente para enfrentar las dificultades del presente.

Estaba en mi "fortaleza" donde podría descansar plenamente después de tantos días de vigilia. Allí comprendí el cabal significado del término "refugio".

-¿Qué te sirvo mi'hijito?- pregunta mi madre.

-¿Le queda de esa sopita de siempre?-

-Sí. Queda un poco. Pero si te falta te preparo un poco más.-

No era nada del otro mundo. Era una sencilla sopa, pero algo tenía. Sin duda era su sello.

La ausencia había sido larga, por tanto el repertorio de preguntas y respuestas que iban y venían, se sucedían en rápida secuencia.

Así, sin darnos cuenta empezamos a revisar la suerte que estaban pasando cada uno de nuestros familiares...los cercanos y los lejanos.

Era muy poco lo que sabía de los demás: el cerco noticioso resultaba efectivo, absolutamente.

En el caso de mis padres: oriundos de Pomaire, al casarse por razones de trabajo de mi padre se fueron a vivir a Santiago. Siendo aún un niño empezaron a llegar a nuestra casa, una tras otra mis tías solteras. Esto lo hacían por necesidades de estudio o de trabajo y también porque el Campo no ofrecía expectativas valederas para esa juventud.

De esta forma la transición se fue concretando paulatinamente.

De a poco empezaron a llegar los fines de semana algunos pretendientes o galanes que de partida siempre me regalaban golosinas. Se les veía siempre bien trajeados, con chalecos abotonados, cadena de plata en la barriga (para el reloj), zapatos lustrosos, engominados y muy perfumados.

Una a una las tías se fueron casando y estableciéndose en la capital.

Por mi parte, dejé la infancia y en plena adolescencia rendí el Bachillerato, aprestándome para el ingreso a la Universidad.

Una de mis tías, la tía Carmen precisamente que nos visitaba a lo lejos, pero con cierta regularidad. Se casó con un alemán que se llamaba Francisco Knetz, de gran estatura, calvo, arrogante, desdeñoso y con un pésimo dominio del idioma español. Nosotros le aplicamos el sobrenombre de “El Gringo”.

A estas alturas de mi vida, con unos 17 años, ya tenía una incipiente interpretación de los problemas de la Sociedad y del desarrollo de la Historia.

Sin duda influyeron en ello los sucesos que inundaban la prensa y la radio de entonces, correspondientes a la Guerra Civil Española y a la Segunda Guerra Mundial: La Batalla de Madrid, el bombardeo que hiciera la Legión Cóndor sobre la indefensa Guernica, los saqueos, el pillaje que practicaron las tropas de la Wehrmacht. El conocimiento de estos hechos, aceleró sin duda, mi definición política, por ello, en las conversaciones familiares con mi tía, afloraron naturalmente las insalvables diferencias entre su pensamiento y el mío.

-Por Dios, ¡Rosalía!... ¡¡¡Este chiquillo de porquería es un verdadero comunista!!!-

-Mira, Ñato (mi sobrenombre familiar.) Lo que siempre hacen los comunistas es robarles a las personas el fruto de su esfuerzo, de su inteligencia.

Mi madre se encogía de hombros y no opinaba.

Evidentemente, con mi tía ya no podría entenderme jamás. Quedaba claro que ya estaba adoctrinada por su marido y por El Mercurio, su lectura favorita de todos los días.

-Mira Rosalía, lo que tienes que hacer es que éste muchacho deje las juntas que tiene con los Socialistas, que deje a esos Comunistas, porque eso es malvado!

-Tía, por favor, Ud. confunde a los Comunistas con los Socialistas. Se nota que Ud. na sabe nada de lo que está hablando.

Desde luego, era un diálogo roto para siempre.

Todo se sucedía con rapidez; aún sin haber terminado con mí sopa se escuchan unos violentos golpes en el portón, que interrumpieron abruptamente éste encadenamiento de recuerdos.

Se trataba de una patrulla de carabineros, acompañados por Pablo, uno de mis amigos de la infancia, pero recalcitrante militante de la extrema derecha.

-¿Se encuentra aquí el Sr. Emiliano Silva?-

-Sí señor. Yo soy.-

-Le informo que mi capitán en Melipilla necesita conversar con Ud., por tanto debe partir inmediatamente con nosotros.-

-No te preocupes Emiliano; se trata de un chequeo de rutina. Yo te voy a esperar para traerte de regreso.- agrega Pablo.

Lo cierto es que jamás vi al capitán. Desde la Comisaría de Melipilla fuimos con otros cuatro compañeros a dar con nuestros huesos a Tejas Verdes cuyo anfitrión era nada menos que el mismísimo Manuel Contreras, uno de los rufianes más siniestros de la pandilla gobernante.

Fueron algunos vecinos los que denunciaron a carabineros mi presencia en Pomaire. Y aún más, con increíble creatividad, agregaron que vendría en condición de Instructor de Guerrillas. Obviamente ese infundio fue descartado rápidamente: no podría desarrollar esa función si estaba viviendo y trabajando a 500 kilómetros de distancia.

La conclusión que me quedó, es que LA LEALTAD, no es patrimonio de todos los vecinos.

Sin que yo lo supiera, y mientras estaba como residente en Tejas Verdes, mi madre fue donde la tía Carmen, a fin de solicitarle intercediera ante las autoridades correspondientes a fin de que concedieran mi libertad.

Por supuesto, mi pobre madre aún confiaba en la vigencia de los ancestrales lazos familiares, en la tradicional cohesión social. Pero la respuesta fue clara y contundente: -No puedo, no podemos hacer nada. Hemos sido notificados que nadie puede intervenir mientras las investigaciones de cada caso, estén en curso. Porque además, aquel que intervenga, correrá el riesgo de quedar comprometido en la causa. Además recordaras, muchísimas veces le dije al Ñato que se dejara de esas tonterías con el Comunismo.

En ese momento mi madre comprendió que ya no quedaba nada por decir. Que definitivamente había perdido a su hermana más querida, compañera y cómplice en sus juegos infantiles y posteriormente en sus planes y esperanzas compartidas.

Por mi parte, prontamente salí con la llamada Libertad Incondicional, dado el absurdo fundamento de la acusación.

Finalmente, en la década de los Noventa, el país torna la Democracia e inicia su trajín, a veces tortuoso por los senderos de la Política.

En uno de esos días mi madre me informó acerca de la grave enfermedad que tenía a mi tía Carmen en su lecho de muerte. Sí, aquella con la discutíamos tan apasionadamente.

- Y aún más, me dijo quería conversar personalmente contigo.

-Pero cómo se le ocurre mamá?-

-Considera que está en su lecho de muerte. Piensa que es el tiempo de terminar con las diferencias. Finalmente accedí, como una forma de terminar con los posibles futuros reproches.

En cuanto me ve me dice: -Siéntate Ñato. Tengo urgencia de conversar contigo. ¡ Escúchame por favor ¡ ¡ Estoy absolutamente sola; la Oficina Comercial y el garage están en manos de gente infame que me están robando todo. Además hay compromisos comerciales que cumplir en los próximos días, y no tengo a nadie de confianza que tome las riendas del negocio. He pensado en ti. Tú eres el único que puede hacerlo, para que todo quede en la familia.

-Pero tía, yo soy un profesor de toda la vida. Jamás me interesó el ramo del Comercio. En esa materia soy un desastre. Además tengo el compromiso con mis alumnos y con las autoridades del Liceo y de la Universidad.-

La situación fue tensa, pero no podía tolerar un cambio tan brusco, en lo que son mis principios y mi forma de vida.

Unos primos lejanos se hicieron cargo del negocio y a poco de morir la tía, lo vendieron todo.

Estando en la tranquilidad de mi hogar, un tarde cualquiera, de nuevo volví a sentirme asaltado por las antiguas inquietudes: leía el libro "América Nazi" de Jorge Camarasa y Carlos Basso. Sólo citaré un par de párrafos para justificar mi desazón.

"De la mano de muchos de aquellos inmigrantes instalados en el continente se produjo una gran penetración del nazismo,"

Y finalmente otro párrafo que nos va indicando el alto grado de penetración que tuvo el nazismo durante la Dictadura Militar en Chile.

"La misma Dirección poseía empresas de fachada, con filiales en distintas partes del mundo, a través de las cuales obtenía y lavaba dinero, y con él pagaba a sus informantes y agentes sin dejar documentación comprometedora."

Y en lo que respecta a Chile y a la Dictadura de Pinochet, nos dan esta esclarecedora muestra:

“Según esos testigos, el creador de las Cámaras de Gas Móviles trabajaba en las oficinas de La DINA revisando las listas de detenidos, escuchando las grabaciones de los interrogatorios en el Estadio Nacional y recomendando luego la derivación de los prisioneros a los diversos campos de exterminio como la Isla Dawson, al sur del país, cuyos pabellones habían sido diseñados por él. Y sin embargo, tal vez la huella más indeleble de la participación de Walter Rauff en la dictadura chilena, haya sido la que conducía a un misterioso enclave alemán a trescientos kilómetros al sur de Santiago, llamado “Colonia Dignidad.”

Ensimismado en ésta lectura, de pronto me detengo en seco: recuerdo al tío, al que llamábamos “El Gringo”...y me asaltan todas las dudas: ¿Quién habrá sido en realidad ese tío, al que llamábamos “El Gringo”. Puede haber sido un empeñoso empresario preocupado solamente del éxito de sus negocios. ¿Y qué tal, si éste inexpresivo personaje hubiera sido uno de esos “nazis fugitivos” empeñados en ocultar sus verdaderas identidades? ¿Y si esa fortuna que ostentaba en Chile, hubiese sido el producto de los latrocinios y usurpaciones que perpetraron las tropas hitlerianas por toda Europa?

Al meditar sobre estos supuestos, saltó ante mis ojos esa provocadora probabilidad y recapacito, cuán cerca estuve de pasar a administrar esa fortuna acumulada tal vez con los métodos más abyectos, tan lejanos y distantes de lo que han sido los principios y las convicciones de las personas normales de éste planeta.-

*El Potrillo Alazán.*





## Mención Honrosa



# Autobiografía de Leonidas Zapata Moraga

Autor:

Leonidas Zapata Moraga (89)

La Florida

Nací en la localidad de Lota, un cinco de Enero de 1928, en una casa ubicada en calle Prat. Mis padres fueron Urbano Zapata Neira y Brígida Orellana. Era un barrio modesto ubicado en la ladera de un cerro pequeño. Por el costado norte, deslindaba con una gran vega, llena de charcos, que en noches plácidas, me permitió apreciar, el cadencioso croar de los sapos y el fascinante canto de los grillos, un singular concierto onomatopéyico, del cual tengo bellos recuerdos. Allí, residieron las familias de mi tío Fabriciano y de mi progenitor.

Al año de vida, tuve la desgracia de perder a mi madre, quien murió como consecuencia de un parto , y por una lamentable coincidencia, experimenté también, el alejamiento de mi padre, deportado por la dictadura del General Ibáñez, a Vichuquén, un caserío lejano al que se llegaba en carreta, o bien, a caballo. A raíz de estos dolorosos e impensados sucesos, mis tíos tuvieron que hacerse cargo de mí y de mi hermana mayor.

Mi padre, de origen campesino, conoció, muy de cerca, las rudezas de esa vida... Siendo adolescente trabajó en las minas de carbón de Curanilahue. Durante diez años se desempeñó como minero. Un accidente lo hizo abandonar estas faenas. Estuvo hospitalizado un año y medio. Pienso que, estas crudas experiencias fueron la causa de su rebeldía... Y, explicaría el sacrificio personal y familiar que significó su participación política, sobre todo, en un partido tan perseguido, como el comunista, por los dueños de las compañías mineras del carbón y las fuerzas policiales. Lo apresaron muchas veces. Con la caída del General Ibáñez, en 1931, regresó de la deportación. En esas lejanas e inhóspitas tierras contrajo un nuevo matrimonio. Mi corta edad, me hizo creer que volvía con mi madre verdadera. Ningún familiar formuló comentario alguno al respecto, sólo vine a descubrir la verdad, años más tarde, cuando empezó mi adolescencia. Sobre el particular, debo confesar que el cariño entregado por esta madre sustituta fue profundo y significativo, me entregó las bases para construir lo que sería mi personalidad en la adultez.

Luego, de unos meses, mi padre se cambió a la calle Matta, e instaló un almacén. Este barrio era muy populoso, pues, se ubicaba en las inmediaciones de la estación de ferrocarriles y del muelle utilizado por los pescadores artesanales para sus labores. La proximidad de ambos lugares, como era natural, generó un numeroso y variado comercio. Sin embargo, el centro de atención era un local de la FOCH -Federación Obrera de Chile - donde se desarrollaba una intensa actividad cultural. Un portal interior, comunicaba con un conventillo, habitado por numerosos grupos de familias. La mayoría de los hombres eran mineros. Las condiciones de vida de esta gente eran de una pobreza abismante: baños y lavaderos comunes, piezas derruidas, con pisos de tierra. Durante el rigor del invierno, padecían las inundaciones, derivadas de las lluvias y de las altas mareas. En ese entonces, conocí a varios de sus dirigentes. Recuerdo que mi padre, algunas veces, me usó de camuflaje para sus reuniones, con estas personas, en los espesos bosques de Colcura, aparentando un paseo a la playa.

Al cumplir cinco años, supe del ascenso a la presidencia de la república, de Don Arturo Alessandri Palma en el año 1933. Como, asimismo, de la persecución política que continuó el nuevo gobierno.

Yo estudiaba en un colegio parroquial, ubicado en la plaza, a una distancia de dos cuadras de mi casa, adornado por árboles frondosos y variopintos jardines. Al atardecer, las luciérnagas iluminaban los espacios con sus fosforescencias, y a lo lejos, se escuchaba el murmullo incesante del mar. Su Director, era un sacerdote de apellido Morando y mi profesora de 2ª preparatoria, la señora Rosa. Por una neumonía, falté a clases durante el mes de Noviembre y parte de Diciembre. Como resultado de esta enfermedad, mi padre decidió, por recomendación médica, dejar la zona.

En el año de 1938, nos trasladamos a la ciudad de Rancagua. Mi padre siguió ejerciendo el comercio. Me matricularon en una escuela pública, en tercera preparatoria. Al año siguiente, realicé mis estudios en un colegio particular, hasta tercer año de humanidades, para posteriormente, continuar en el liceo. Durante ese tiempo, alternaba la educación con la militancia en las juventudes comunistas. Pienso que no podía ser de otra manera, porque a temprana edad, había conocido el sufrimiento y la persecución de los mineros del carbón. Conocí la pobreza y el desamparo de esta gente. Y el ejemplo más cercano, las peripecias sufridas por mi padre...

En Enero de 1939, estando de vacaciones, me sorprendió en la ciudad de Lota, el terremoto de Chillán. Tenía 11 años. La verdad, es que durante este aciago evento, dormía, y mis parientes tuvieron que despertarme. Ante el temor de un maremoto, mi tío nos reunió en un segundo piso, construido sobre la cocina, diciendo "que si teníamos que morir ahogados, lo haríamos ahí, todos juntos". Felizmente, la propiedad no resultó dañada y sólo tuvimos que soportar las alarmantes réplicas.

En el liceo de Rancagua, tuve la feliz oportunidad de conocer al poeta Oscar Castro Zúñiga, quien trabajaba en la institución, como Profesor de Castellano y Bibliotecario. Un personaje singular, de una bondad y sencillez extraordinaria. Conocí las dificultades que tuvo para publicar sus libros y la precariedad de su salud. Nosotros, sus alumnos, le ayudábamos a vender sus obras. Murió demasiado joven, dejando una impronta difícil de igualar. En deportes, jugué por la selección de fútbol de mi liceo y representé a mi ciudad en tenis de mesa. En

esta etapa, entre los 17 y 18 años, mantuve aventuras sentimentales profundas, con distintas mujeres, casi siempre mayores, que me dejaron experiencias muy valiosas.

Entre los años 1949 y 1951, ocurrieron dos acontecimientos trascendentes en mi vida: la muerte de mi madrastra, afectada por graves dolencias al corazón ; y mi primer trabajo, en una farmacia, comprada por mi padre, ubicada en la localidad de Rengo, asociado a una prima hermana químico farmacéutico. En esta ciudad, contraí matrimonio. Con posterioridad, mi padre vendió la farmacia , y yo regresé a Rancagua para hacerme cargo de su negocio. En este período, recibí mi título de Contador General. Esta actividad me permitió alternar con las juventudes comunistas y el mundo cultural de mi ciudad. Fui cofundador del Centro Cultural La Araucana. Al poco tiempo, conseguí un espacio en la radio y tuve mi primer programa: " Grandes Personajes de la Literatura Universal. "

En el mes de Julio del año 1955, viajé al " Festival de Juventudes", celebrado en Varsovia, Polonia. Lo hice en barco, desde las dársenas de Buenos Aires al puerto de Génova, y de ahí, por tren, hasta Polonia. Este viaje me permitió conocer diversas e importantes ciudades: Santos, Río de Janeiro, Las Palmas, Vigo, Lisboa, Barcelona, y Génova. Como asimismo, contactarme con diversas personalidades del medio artístico, cultural, y social de nuestro país. Arribamos a Varsovia el 1º de Agosto. El festival duró quince días. Con posterioridad, parte de la delegación viajó a Rusia, y otra a China. Con un pequeño grupo, visité Cracovia y Auschwitz (el mayor centro de tortura y muerte del nazismo ), después fuimos invitados a un balneario ubicado en los montes Cárpatos, en el que permanecemos dos semanas. En este lugar, programamos con algunos amigos, una gira por Europa, que materializamos al finalizar el mes de Agosto. Visitamos varias ciudades de Europa, como: Praga, Viena, Zurich, Francfort, Paris. En esta última ciudad, estuvimos quince días. Nos hospedamos en el Hotel Saint Mitchell, ubicado en pleno bulevar latino. Un día, cuando bajaba a la administración del hotel, me encontré con Violeta Parra, compañera de viaje, desconsolada, porque le habían robado su dinero y no tenía donde dormir. Ante esta aflictiva situación, acordamos alojarla en nuestro dormitorio, sin avisar a la Gerencia del Hotel.

Permaneció tres o cuatro días con nosotros, durmiendo en el suelo alfombrado, soportando nuestras bromas. Luego, ya contratada por la Escala, nos festejó, en el mismo local, con canapés y bebestibles en una noche inolvidable. Mucho después, conocimos unas décimas que nos dedicó: " Viví clandestinamente / con tres chilenos gentiles / lavándoles calcetines / cuatro días justamente / De noche pacientemente / voy de boliche en boliche / para pegar el afiche / del nombre de mi país / como una mina é caliche / ". Finalizada nuestra estadía en París, el grupo se disolvió y con un coterráneo, seguí rumbo a Italia. De este país, conocimos: Génova, Venecia, Milán, Florencia, Roma, y Nápoles, desde donde embarcamos rumbo a Chile . Regresé con cabal conocimiento de los efectos de una guerra, pues, ahí estaban todavía las huellas: incontables pérdidas de vida, destrucción de ciudades y pueblos. Di numerosas charlas sobre este tema y continué mi trabajo en el Centro Cultural " La Araucana ". En esa época, dos noticias me sorprendieron: el nacimiento de mi primer hijo y la muerte de mi querido padre. El primero, ocurrido un 20 de Agosto de 1956 y el segundo, un 11 de Noviembre del mismo año. Al año siguiente, nació mi segundo hijo.

En el transcurso de este decenio, el Centro Cultural " La Araucana " , presentó en Rancagua a diversas personalidades, artistas y agrupaciones culturales, tales como: el Senador, Exequiel González Madariaga; La Presidente de la Cámara de Diputados, Ana Ugalde; el insigne poeta, Pablo Neruda; el Teatro Experimental; poetas jóvenes de Santiago y el Teatro de la Quinta, entre otros.

A fines del año de 1961, fracasó mi matrimonio y me vine a Santiago, donde partí de cero. Empecé diversas actividades, sin obtener los resultados esperados. Incluso tuve una reparadora y fábrica de calzados. En 1963, nació mi hija Carla Andrea, de mi nueva compañera, Ema Raquel, una mujer excepcional que me acompaña por más de cincuenta años. En las décadas de 1965-1967, fui Secretario en la Cámara de Diputados. De 1967 a 1973, Contador y Jefe de Finanzas de la I. Municipalidad de Arica. Durante 1973, un día 13 de Septiembre, el Alcalde, nombrado por los militares, me destituyó de mi cargo, y supe de la existencia de una orden de detención en mi contra. Debí permanecer en la clandestinidad, asilado en diferentes lugares. A los quince días, otro Decreto

municipal ordenó el desalojo de la vivienda que ocupaba, asignada por el Municipio anterior. Con esto, experimento la impronta de la represión política y tengo graves problemas para ubicar a mi familia en algún emplazamiento seguro... En tanto, los diarios y la televisión, en sus titulares, informaban la destitución del funcionario municipal marxista, LEONIDAS ZAPATA MORAGA. En este nuevo escenario, se me hizo muy difícil encontrar trabajo y para alimentar a mi familia, me dediqué a la pesca con unos amigos. En Octubre del año 1973, logré salir de Arica y me radiqué en la ciudad de Santiago. La Embajada de Canadá me había dado asilo político. Sin embargo, después de conversar, vía teléfono, con mi mujer, renuncié a este derecho. Me pareció un despropósito abandonar, en estas circunstancias, a mi familia. Por esta fecha, mi señora se encontraba en Arica, terminando su carrera universitaria de Educadora de Párvulos. En el período de 1975.

1981, ocupé el cargo de Contador de una empresa de transportes. Por ese entonces, perdí tres grandes compañeros y amigos, asesinados y torturados por la Dina. Motivado por el horror de la Dictadura, participé en rayados de muro y colocación de bombas simuladas, con el objetivo de distraer la acción de las fuerzas policiales. Entre los años 1981-1983, fui Jefe de la unidad administrativa en una empresa de cobranzas. En los años 1983-1997, me instalé con una oficina de contabilidad. Y finalmente, en 1998, hago clases de Contabilidad en el Liceo Marcela Paz, y la Corporación Educacional de la Florida. Ese mismo año, fui promovido al cargo de Jefe Administrativo del Liceo Benjamín Vicuña Mackenna.

Después de 72 años de agitada vida laboral, jubilé como exonerado político. Ahora, tengo 89 años, y la satisfacción de haber contribuido a la formación profesional de mis hijos y nietos, siendo siempre coherente y consecuente con mis ideales. Actualmente, alterno mis dos grandes pasiones: la lectura y el ajedrez. Y una vez por semana, participo en un taller de Literatura para el Adulto mayor. Entonces, puedo decir, parafraseando al insigne poeta Amado Nervo: " ¡ Vida, nada me debes ! ¡ Vida, estamos en paz ! ".-









## Mención Honrosa



# No quiero volver a San Pedro de Coique

Autora:

Elia Iris Isabel Gallardo Fernández (70)

Peñaflor

A través de esta historia deseo contar lo que fue para mi esposo y yo iniciarnos en la noble carrera de educadores.

Caía el pálido crepúsculo abribeño, enmarcado en la exuberante belleza de los paisajes sureños.

El microbús avanzaba sin apuros, sorteando a veces los incontables hoyos del camino enripiado. Los pasajeros, en su mayoría conocidos entre sí y algo "achispados"<sup>1</sup>, comentaban sucesos del día en la ciudad, algunos dormitaban, los niños comían caramelos. Un porfiado olor a licor, humo y cebolla impregnaba el ambiente. En un asiento, ajenos aún a ese mundo, íbamos nosotros con nuestra hija de dos años y en mis brazos un pequeño bultito palpitante. En la parrilla un par de maletas, una cuna, un bulto de cama y una caja con enseres domésticos. Todo nuestro patrimonio, más una orden de trabajo para ejercer como docentes.

---

1 Achispados: Medio embriagados

Después de casi dos horas de viaje, en el cual prácticamente no hablamos, tratando desde ya de compenetrarme con aquello que desde ese momento comenzaba a ser parte de nuestras vidas, descendimos del micro bus.

En ese instante, mis ojos y mi alma se vieron fuertemente remecidos con el impacto de lo que se nos presentaba por delante. Una pequeña y humilde escuelita con su clásico techo rojo casi a los pies de un cerro; a la derecha el Lago Ranco en todo su soberbio esplendor, rugiendo bienvenidas. Imponentes cerros cordilleranos de fondo, dos o tres casas a la distancia, ladridos de perros, mugidos de vacas.

¡Ah el sur cómo lo recuerdo ahora!, ¡cuánto lo añoramos nosotros, los trasplantados a otras tierras!, sobre todo en los veranos cuando el sol brilla y brilla, sin tregua, sin el menor atisbo de una gota de lluvia que nos refresque el cuerpo y el alma.

A la mañana siguiente comenzaron a llegar los niños; algunos temerosos sin querer acercarse, otros más parlanchines indagando nuestros nombres, procedencia, contando anécdotas de los profesores anteriores. Los más grandes observaban con la desconfianza propia del campesino, contestando con frases muy simples y breves.

Poco nos costó sin embargo romper las barreras y en corto tiempo ya eran parte de nuestras vidas, como nosotros lo fuimos de ellos.

En mi escuelita pequeña yo hacía de todo: profesora, auxiliar, enfermera, modista, consejera y otros oficios diversos.

Durante el invierno llenábamos de leña el calentador y aunque la lluvia cayera a cántaros, aunque el lago desgarrara furiosos zarpazos sobre la playa o la puihua<sup>2</sup> amenazara encumbrarnos a los cerros más altos, nosotros olvidados del mundo en nuestra única salita, tanto enseñábamos vocales como verbos, cantábamos o contábamos cuentos, etc.

---

2 Puihua: Viento seco y frío que sopla desde el lado argentino y que cruza la cordillera a través de los cañadones cordilleranos

En esas ocasiones los ojos de los niños se abrían asombrados, hasta los más grandes se dejaban envolver en la magia de la fantasía. Por sus mentes desfilaban hadas, gigantes, castillos y princesas. Un silencio absoluto reinaba en la sala, sus rostros expresaban todas las emociones y las peripecias de los personajes. Cada relato terminaba con interminables aplausos ¡cómo brillaban esos ojitos y sonreían esas caritas festejando el final feliz!.

Otras veces les tocaba a ellos. Conocí increíbles historias de duendes, brujos, anchimallenes<sup>3</sup>, males de ojo y almas en pena, que aseguraban ser absolutamente reales.

Los días pasaban volando, entre cuadrangulares de futbol, carreras a la chilena, reuniones en la ciudad, días de pago... Las páginas del calendario se iban raudas como el vuelo de las golondrinas.

Llegado el buen tiempo algunas actividades escolares se trasladaban a la playa. Nunca vi pintores más realizados ni artesanos más dedicados, después una zambullida en el agua y a la escuela de nuevo a concluir el quehacer.

Al atardecer la faena de la pesca. ¡Cómo no voy a amar ese lago si además de deleitarnos con su belleza nos prodigaba sus sabrosos salmones rosados que recogíamos con abundancia!.

Ya en la noche esperábamos la hora del sueño jugando con las niñitas o cantando las canciones en boga de esos tiempos, Violeta Parra, Víctor Jara, Inti-Illimani. Es preciso agregar que también había que superar muchas dificultades que se presentaban más hoy, al mirar hacia atrás, lo único que me cabe decir es ¡qué felices éramos!

Pasaron aproximadamente tres años y un día descubrí que esperaba un nuevo bebé. Al principio tuve un poco de miedo pero, pronto ese temor se transformó en alegría.

---

3 Anchimallenes: Esferas luminosas identificadas como espíritus de brujos que se pueden ver de noche desplazándose en distintas direcciones.

Bordé, cocí, tejí, en fin, todos aquellos pequeños menesteres que realizamos para apurar el paso del tiempo.

Ese invierno fue especial, salí poco, dedicada a cuidar ese pedacito de vida que se anunciaba.

Encerrada en mi habitación, tras los cristales de las ventanas me solazaba contemplando como la puihua jugueteaba con los árboles y la tierra. Era la imponente, la magistral danza loca de las hojas; también el lago en su agitado oleaje formaba parte de la coreografía fantástica con que la naturaleza me regalaba en todo su esplendor.

Y venía la lluvia, la lluvia interminable de los interminables inviernos sureños; yo la miraba caer desde mi ventana y me invadía una mezcla de dicha y melancolía.

Ya finalizaba el invierno, de vez en cuando aparecía un tibio sol y dejaba de caer la lluvia.

Un día cualquiera, en el umbral de la primavera, llegó ella; nuevamente una niña. Unos grandes y hermosos ojos se abrieron para contemplar la vida, insertos en un rostro de muñeca de loza.

Cuando salí del hospital rumbo a casa, recordaba el primer día que llegamos a San Pedro; la misma micro, la misma gente, los mismos comentarios, los mismos olores.

Nada era distinto, sólo había cambiado el bultito que llevaba en mis brazos y mi manera de integrar este ambiente ya familiar.

“On Paeres”, “On Ailés”, Antillanca y sus esposas se acercaron cariñosos a saludar y a conocer a la “chiquilla”, miren “qué goñicha es”, comentaban y se deshacían en interminables y extraños consejos.

Cuando volví a la escuela todo volvió a la normalidad; el tiempo siguió su curso y fue como si nada hubiese pasado. A veces me abrumaba el quehacer

provocado por la guagüita pero, todo era compensado con el hecho de verla crecer sana, inteligente y hermosa.

Sus rizos color miel ondeaban al viento, y sus ojazos del mismo color del pelo, sonreían, siempre sonreían. Ya corría por todas partes, todo lo revolucionaba, cantaba, bailaba y también gemía. Tenía entonces 18 meses.

Un día sábado volvíamos de la ciudad con las niñas (en la micro de siempre), en esa oportunidad la micro se atrasó en su salida, por lo que el chofer, pensando quizás en las entretenciones de fin de semana, hundió el acelerador y comenzó su carrera que duraría muy poco... Al doblar una curva cerrada falló la dirección, arrasamos una cerca de madera y comenzamos a caer, a caer por un barranco dando interminables tumbos.

Cuando por fin la micro se detuvo y volví en mí, comenzó la pesadilla. Mi esposo y las dos niñas mayores se encontraban a salvo, más mi pequeña no aparecía por ningún lugar, algunas personas cooperaban en la búsqueda.

De pronto, un grito que aún resuena en mis oídos ¡está muerta...!

A unos diez metros, mi esposo mirándome incrédulo y aterrorizado sostenía en sus brazos a mi hermosa muñeca de loza, definitivamente quebrada. Sus bucles color miel ondeaban con la brisa de la tarde en que esa naturaleza amada me traicionaba tan vilmente. Creo haber visto sus ojazos abiertos como en un mundo y postrer por qué...

Alguien le dijo que la subiera a la ambulancia y el padre, con su trágica carga comenzó a ascender lenta y dificultosamente el barranco. Fue la última vez que la vi.

Unas personas me ayudaron a subir con las niñas, de ahí al hospital y luego a la casa de mi hermana.

Yo, seca como el desierto, creo que muerta también, no podía emitir un quejido, una sola lágrima, me oculté en una cama y de ahí no salí.

No pude verla, no pude opinar respecto a donde sepultarla, ni menos pude ir a sus funerales. Creo que un remoto instinto de conservación me hizo actuar así.

Cuando ya habían pasado los días supe que no sería capaz de volver a San Pedro; allá estaba ella, en todos los rincones, en todos los espacios, en cada grano de arena de la playa tantas veces recorrida, en la quietud o en la bravura del lago, en cada amanecer, en cada crepúsculo, en cada niño de mi escuelita pequeña ¿cómo iba a volver...

Mi esposo conversó con el jefe de educación quien fue capaz de entender y nos trajeron a ambos a la ciudad de La Unión.

Años más tarde nos vinimos a Peñaflores.

“Ya se va para los cielos ese querido angelito”...  
¡Violeta Parra cuánto me hizo sufrir con esa canción!

Cada verano, cuando vamos de vacaciones al sur nos invitan a San Pedro, pero no quiero volver; ¡no quiero volver a San Pedro!-







## Mención Honrosa



# Solamente Números

Autor:

Héctor Carrasco Moya (73)

Santiago

Al cruzar el desconocido lugar de destino fuimos brutalmente despojados de todas las pertenencias incluidas la vestimenta, me metieron en un sucucho con únicos muebles, un escritorio y a un costado un somier metálico, lugar éste en donde desataron los más bajos instintos, la danza de las torturas. La destrucción de un hombre, más bajo no puede llegarse a conducir a la condición humana más miserable, no existe y, lo reemplazaron con un número.

Tenía miedo y una profunda tristeza. No entendía bien esas caminatas interminables, dentro de una construcción religiosa ruinoso parecida a la soledad. Me llevaban sin sentido de un lugar a otro. Esas órdenes que vociferaban y que nos hacían correr a ningún sitio. Me faltaba el aire y yo quería respirar aire, aire puro, transparente, como el que teníamos en el Valle del Upeo o las Barracas. El Valle del Upeo, queda en Los Queñes, Curicó. Allá hay un cielo muy, pero muy azul y por las tardes muchos pájaros revolotean por los aires: zorzales, jilgueros, zarnícalos, loicas, tordos y el temido peuco, que asecha permanentemente las

aves de corral. Todo natural, los potreros, las acequias, esteros y ríos bordeados de romazas y berros silvestres, peumos, duraznos, ciruelos, membrillos y manzanos. Las tropillas de vacunos y caballares. Árboles y animales son las delicias de nuestro recuerdo y me concurre el canto de la vida, en el templo del terror, en Peñalolén Alto, en el "Terranova". "Gracias a la vida, que me ha dado tanto, me ha dado el oído que en todo su ancho graba noche y día grillos y canarios, martillos, turbinas, ladridos, chubascos, y la voz tan tierna de mi bien amada".

Aquí hay altos muros, ventanas elevadas y miradores como torres enanas, con metales que escupen fuego y muerte, y en la solitaria caseta una sombra humana, los camarotes son metálicos con colchonetas deterioradas de humedales con orines y otros elementos. Todo aquí es triste y amenazador. La pena que carga el 808, que añora a los suyos con lágrimas con el rostro oculto a las miradas. El 808 es mi compañero de pieza y camarote. No me equivoco, no es un apodo, es un hombre, el mío es el 907. Aquí todos tenemos nombres de números y cuando alguien recibe visita se escucha un ronco aullido amenazante como de fiera por los pasillos como si fuera el anuncio de una corrida o encierro de animales. Y los llamados tenían que ser coreados, repetidos, era una orden. En una de las visitas, a mis pares numerales les permitió conocer a mi familia, ello les permitió saber parte de mi historia, una parte de ella, porque daría años para conocer mi vida entera, yo también me he enterado de cuales son algunas crónicas de vida de ellos, y de donde vienen la de los otros números.

## 2

Aquí todo es tan repetido, uno va y viene, uno va para allá y para acá que al final olvidas si vas o vienes. El patio ya dibuja senderos o caminitos gastados. El espectáculo sobresaliente es la aparición festivalera, divertida y hermosa de las golondrinas que en los atardeceres salen a alimentarse y realizando proezas aéreas. Ellas nos traína un pedacito de vida al recinto. Uno se siente desolado, lejos de mi familia, los mío, amigas, vecinos y de todo lo que me importa. Como una sombra que nunca te abandona, hombres oscuros entra a la

habitación y tras apuntarte con una metralleta, entonces el tiempo se detiene, mientras el tiempo se detiene, espero a que se produzca los disparos. Y no sé si estoy dormido o despierto. Sobre este espectáculo, pensaba que para volar, sólo es necesario tener alas. Cuando tenga mis alas volaré. Volaré después... me repetía... como si buscara atrapar los últimos sueños colectivos, que somos un rebaño que tiene muy poco de animal. Tengo la impresión que transitamos el mundo sin verlos... se llora en silencio.

Aquí todo duele, los "zafarranchos" con los canes marinos de "Melinka" aterran, hay que estar al acecho de esa angustia de terror, sintiéndose la presencia invisible flotando en el ambiente. Es absurdo pienso... y continúa un rumor en las barracas, el rumor endemoniado del zafarrancho, creemos que ha desaparecido, por la cercanía de la colación del medio día... pero no, una descarga cerrada de metrallas... todos al suelo para evitar ser alcanzado por las balas y el tropel de los celadores te vaya a arrollar, además servimos de alfombra a los valientes esbirros. Al rato de 45 o 60 minutos, nos incorporamos sacudiéndonos como si el temor vivido fuera ridículo. No se trataba de un juego se determinaba la suerte de unos y la derrota de los números. A los oídos del 808 llegó un "caldo" que tenía orden de irse (los caldos eran noticias falsas de libertad que hacían circular los extraños o soplones que estaban prestos a denunciar o soplar un plan de fuga y estaban curiosamente juntos a los números). El hecho de que personajes de opereta hayan gozado de un derecho sobre la vida y la muerte de los seres humanos y nos hayan obligado a tomar el camino del heroísmo y el sacrificio, bajo la pena de tener que enfrentar a una jauría sanguinaria de lobos. Y allí en la soledad, tataréo a la vida: "Gracias a la Vida, que me ha dado tanto, me dio el corazón que agita su marco, cuando miro el fruto del cerebro humano, cuando miro al bueno tan lejos del malo, cuando miro el fondo de tus ojos claros".

Creo que trataba de asustarnos, más de asustarnos que el estar aquí. Eso de la insensibilidad es tan cruel, al igual que los tormentos, algo decían, que no los dejarían aquí. Algunos números se habían acercado y apoyado entre sí. Al obtener la libertad, irse, el 808 afirmaba que regresaría a su terruño de Talca; pero era un goce perverso al de la concreción de un desenlace desconocido.

3

Al tener el 808 un inaguantable dolor de estómago y el deseo urgente de vaciarse, golpeó reiteradamente la puerta del cuarto, sus últimos intentos fueron desesperados y solicitaba a gritos. Tras un silencio, sorpresivamente ésta se abre para dar paso violento a tres celadores armados de sus metralletas... ¡Todos a la pared, al muro! Ordenaron... insultos, patadas, culetazos: ¿quién es el huésped privilegiado, tal por cuál?... el 808 dice "por favor, quiero ir al servicio, por fa..." Se le echaron encima como fieras enloquecidas... Saltaron trozos de cráneo, parte del cerebro chorreando sangre y el 808 inerme sin vida, destrozado por sus celadores. Relato corto y penoso. La ciudad de Talca dejó un héroe anónimo. Nunca pude saber su identidad, la memoria es donde habitan los fantasmas y resucitan hechos y acontecimientos que uno quiere desterrar. Es lo que queda marcado a fuego. La memoria es el verso que sobrevive de emociones lejanas que recuerda que no podemos reclamar inocencia de una historia que pasó por nuestro lado y entonces nos agacharemos para recoger del suelo la maltratada bandera de ideales de nuestros sueños... porque todos los gusanos pueden convertirse en mariposas.

El presente comenzaba a sumergirnos en un mar de dudas y desconcierto, como una página no escrita en la vesania. Los números van y vienen trayéndose siempre nada de ninguna cosa. Ya los carceleros dan concejos de palabras vacías demenciales, que no se siguen. Te advierten del peligro de la A a la Z que ellos no enfrentan. Por otro lado nuestros amigos dicen quererte y escapan de ti. No hay nada bueno entre parientes y muy pocos buenos en la familia, de cinco hermanos dos más sufren, los iguales o peores apremios. Los uniformados son unos mostruitos enanitos. Y si a uno lo llaman hay que ir. Nada es más de temer que hacerse el desentendido. Una vez el 779 miró para otro lado y el celador le tomó del cuello y le rompió las costillas con el armamento. Hasta a mí me llegó el dolor del 779. Produjo mucha pena. Pero las cosas aquí son así. Nos levantaban a las 6 de la mañana y muy patriotas y con muchas ganas entonamos la canción nacional, el que simula hacerlo es golpeado con una fusta desde la parte posterior, a lo más delicado del varón. Tenemos que dormir con los que-

jidos durante el mayor tiempo. Todos los días esperamos, siempre esperamos. En la espera del día de la visita, me baño, me peino y lavo mis tiras, cuando de improviso un grupo de números conversaban animadamente, nerviosos, es raro pero la realidad despedían al número 911, ¿quedaría libre? ... es de nuestra pieza y nos miramos y estrechamos en un fuerte abrazo... ¿será el último? ... uno siente que el corazón va a estallar de tanta tristeza y miedo, quizás hasta donde aguantar, torpemente y tastabillando una parte del cuerpo insensible.

#### 4

Yo venía de un simulacro de fusilamiento, por lo que me dejaron con los pantalones meados y cagados, así invoco a mi madre, mi esposa, mis hijos... susurro el canto a la vida: "Gracias a la vida que me ha dado tanto, me ha dado el sonido y el abecedario, con él las palabras que pienso y declaro: madre, amigo, hermano y luz alumbrando la ruta del alma de lo que estoy amando".

Tengo pena. No sé si es pena o dolor. Me he acostumbrado a confundirlo. Confundo también la alegría. El 911 me dice que no llore, mojé un pañuelo y luego tuve que pasarme la mano por el rostro, cuando me sequé las lágrimas... no sabía qué va a venir al otro día... pero yo seguiré esperando todas las mañanas.

Yo soy un número de cuenta, aunque no conozcan mi nombre verdadero. Este miedo me ha durado tanto y me temo que muchos ya ni me recuerdan. A mí me ha costado olvidar, después de tantos años. Despierto en la madrugada y me pongo a recordar a tantos números, héroes anónimos que dieron la vida por un Chile mejor para todos, estando la mayoría sumidos en el olvido, evoco el canto dedicado a uno de los grandes de la República Española, por la Viola: "Que dirá el Santo Padre que vive en Roma, que le están degollando a sus palomas".

Allí en esos momentos duros, llega Violeta a exigirnos levantarnos, ponernos de pie. Esa Viola que nunca se mantuvo al margen de su pueblo. Siempre identificó su canto, su verso con los trabajadores, con los más sencillos, de

una mujer plena de sabiduría, que siempre estuvo en la primera línea por la defensa del patrimonio social y cultural de Chile, con su guitarra en las manos señaló siempre caminos hacia la ilustración popular. Se nutrió del saber de la gente de nuestro pueblo, registrando lo fresco que lo habita, registrando con nitidez y colorido a los hombres de las minas, mar, cordillera, del chilote, de sus valles y ciudades, dotando sus trabajos de una profunda a la vez lúcida y sencilla palabra.

Por ello coreamos junto a ella lo mismo que hicimos en la carpa de La Reina, junto al Indio Pavéz y el escritor y periodista Rolando Carrasco, a tres días del fatal desenlace: "Gracias a la Vida, que me ha dado tanto. Me ha dado la risa y me ha dado el llanto. Así distingo dicha de quebranto, los dos materiales que forman mi canto, y el canto de todos que es mi propio canto. Gracias a la Vida que me ha dado tanto". Al igual que el primer ministro sueco, Olof Palme, quien salvó muchas vidas, entre ellas la mía a través de su embajador Harald Edelstam, quien testó que su funeral fuera celebrado en el Palacio de Los Congresos. Por eso este canto a la vida, es mi canto privilegia y doy gracias a la vida y a su genial creadora Violeta Parra.-

**Importante:**

*Terranova = Villa Grimaldi.*

*Melinka = Puchuncaví.*

*Campos de concentración de la Dictadura Cívico-Militar.*







## Mención Honrosa



# Es bueno abrir el Cofre de los Recuerdos

Autor:

Oscar Olivares Dondero (64)

Quilicura

Las experiencias de la vida son enriquecedoras, sean buenas o malas, y cuando se está llegando a la última etapa vienen las conclusiones, si hice esto bien o mal, o si las decisiones que tomé fueron las acertadas de acuerdo a los resultados. El tránsito por los senderos de la existencia es una cosa maravillosa, desde el nacimiento hasta esta edad; los estudiosos la han dividido por etapas, así es como tenemos lo que han llamado: prenatal, infancia, niñez, adolescencia, juventud, adultez, y ancianidad, cada una con sus características particulares, y a mí me ha sido dado vivir la última etapa, aquella donde se acumulan las vivencias de todas las anteriores, he sido un receptor que hizo todos los esfuerzos por sacar provecho de ellas. Mis recuerdos me llevan hasta la infancia, en esa primaria etapa de mi vida experimenté hechos que hoy se me presentan difusos, pero fueron hechos al fin, son los primeros pasos de una vida que fue puesta en el mundo con un propósito, el de creer en Dios, para que desde ese fundamento comenzara mi caminar.

Sin desconocer lo importante que fue para mí vivir bajo el alero de mis padres, que en la medida de sus posibilidades me entregaron las primeras herramientas para desenvolverme en la vida, debo reconocer la valía de las prácticas realizadas desde el momento que salí de mi casa haciéndome independiente. Soy un hombre forjado en el trabajo porque de alguna manera debía sustentar a mi familia, esas labores traían consigo vivencias, como aquella vez cuando haciendo de suplementero, voceando los diarios por calles y pasajes. Fui acompañado por mi hija, en aquel tiempo de corta edad, que me ayudaba gritando los periódicos, no sin antes mirar para todos lados por si alguien estaba mirando, estaba atenta a las monedas que recibía diciendo que eran suyas, como también la vez cuando fui recepcionista nocturno de una residencial que recibía pasajeros "por el momento", mi paga mensual era lo que estipulaba el Empleo Mínimo, un sistema salarial brutal creado para afrontar la cesantía, una plata miserable, con la que tenía que alimentar a mi incipiente familia; los dueños vivían en el mismo establecimiento, y un día no resistí la tentación de enviar a una pareja a la habitación que estaba ubicada al lado de sus dormitorios, debieron soportar toda una noche de quejidos, cuando amaneció, me llevé un reto de aquellos que en nada menguó mi íntima satisfacción. Son situaciones que son del devenir diario, pertenecientes a las personas que transitan por esta vida acumulando lo que se llama experiencia, que a la larga poco o nada sirve, porque lo hecho ya no es posible cambiar, no niego que puede llegar a ser provechoso cuando se trata de aconsejar a otros que aún no llegan a la etapa de la ancianidad, aunque hagan poco caso de lo que se les dice porque, "el viejo está pasado de moda".

Mencionar mi paso por las ruinas de la Oficina Salitrera Victoria, bien adentrada en la Pampa Nortina, relativamente cercana a Pozo Almonte, no deja de hacerme sentir nostálgico. Fui parte de un equipo de desmanteladores, aunque había poco que desmantelar, en pie solo quedaba el esqueleto que durante las noches hablaban de apariciones y "penauras", por eso debí dedicarme a punta de picota, berretín, y pala, a abrir las entrañas de su suelo hasta llegar a la intrincada red de tuberías, fabricadas de fierro fundido y que convertía en dinero, apetecido era la argolla de plomo que una vez fundido unía los tubos, habían buen pago por ese metal. Por esos lugares permanecí poco tiempo.

La Oficina Salitrera Iris fue otra que conocí y de la cual guardo gratos recuerdos. En realidad toda la Pampa está llena de lugares desolados, que en su apogeo fueron fuente de poder y de riqueza, donde el tiempo se ha encargado de desprenderla de sus vestiduras. Trabajar en la planta que producía yodo fue significativo, pero más que los recuerdos de allí, viene a mi memoria haber recorrido sus casas paridas juntas, castigadas sin piedad por el sol inclemente, cada una con bullicio familiar ya ido, donde se percibe las miradas fantasmagóricas contra aquellos que osan entrar por sus puertas siempre abiertas, ya sea para entrar o ya sea para salir, manifestándose el poder del silencio; y que decir del galpón donde estaban los ataúdes unos sobre otros, testigos de la fragilidad de la vida de los obreros de antaño. Está también el cementerio de gente abandonada por los suyos, desarraigados cruelmente por el azote de la cesantía, obligándolos a dejar atrás los cuerpos de los que amaron, llegando a ser hoy huesos secos. Pasando cerca del lugar no elegido como morada final, me pregunté muchas veces si llegaría a terminar como ellos, olvidado, y en realidad estuve a punto de serlo el día que caminando hacia un pequeño Oasis que llamaban Cerro Gordo - en dicho lugar existe un pozo inagotable de agua que abastece a la Planta en un recorrido mediante tuberías de pvc por más o menos quince kilómetros- me fui internando en la Pampa, saliéndome del camino de tierra debidamente trazado, para internarme varios kilómetros creyendo que lo estaba haciendo bien. Al darme cuenta me sentí extremadamente solo, con la cierta posibilidad de morir, después de razonar unos instantes decidí tomar una dirección que gracias a Dios fue correcta, retomando otra vez el camino, recuerdo haber caminado muchas horas hasta llegar a Cerro Gordo, a este suceso los naturales lo llaman "empamparse". Según cuenta la leyenda pampina, ha habido casos de personas perdidas en la Pampa que nunca pudieron encontrarse, y otras que fueron halladas, pero muertas, yo salvé la situación, soy uno que logró sobrevivir a la demanda implacable de la Pampa Nortina.

Cada ser humano tiene una historia para contar, son situaciones muy personales, que si se viven en las primeras etapas de la vida contribuyen para la formación del carácter, y al modelaje de la personalidad; las emociones y los sentimientos logran manifestarse en relación al material que le hemos dado a nuestra alma

y a nuestro espíritu, y esa manifestación se hace utilizando nuestro cuerpo. Es nuestro catalizador de lo que tenemos adentro.

Bendita sea mi mente que me permite abrir el cofre de la memoria, y agradezco que tenga la capacidad de extraer algunas cosas que influyeron positivamente en mí, como aquella vez que las hice de inspector en dos liceos, no a la vez, y que provoca en mí sensaciones encontradas, por un lado nostalgia, y por el otro, alegría; ser parte de la formación educacional de un adolescente es algo que no todos tienen el privilegio de haber participado, estar en el medio donde se desenvuelven como alumnos es impagable, es tanta la diversidad de caracteres que falta tiempo para tratar con cada uno, sin embargo, haberme relacionado con los que pude, me hizo disfrutar porque se mostraron llenos de energía, vitales, sin dejar de percibir en ellos esa confusión maravillosa entre ser niño o ser grande, como cuando sorprendía a algunos fumando “un pucho” en algún escondrijo del liceo con aires de grande, y que al amenazarlos con llamar a sus apoderados surgía el niño con lágrimas en los ojos, que me hacían desistir de hacerlo. Aquellos chiquillos y chiquillas me hicieron vivir momentos muy gratos, inolvidables, muchas son las caritas en plena formación para ser rostros de grande que aún están como grata remembranza.

Por último, pasando de un salto a otra hoja del diario de mi vida instalado en mis recuerdos, dejo de lado otros acontecimientos no menos interesantes, para exponer a los ojos del lector un último evento. Pertenece a los tiempos de mi niñez. Resulta que mi casa de aquel entonces estaba ubicada en el sector alto de la ciudad de Antofagasta, específicamente en la población Miramar Central, en un sector llamado “La Cantera”, desde ese lugar crecí mirando hacia el “Cerro del Ancla”. En ese cerro, como una forma de homenaje, construyeron un ancla gigantesca que dominaba desde lo alto la ciudad, desde el plan todos podían verla, y era fuente de inspiración para escritores y poetas, a decir:

“Y resbalaron los días, los meses y los siglos por tu piel tatuada... Nada pudo contra tu mole de granito la mano destructora del tiempo. Eres fuerte como las rocas de tus playas. Inmenso como el mar que las recorre y eterno como el infinito que las cubre. Quiero dormirme en tu pecho. Junto a tu corazón. Y

soñarme eternamente niño con cada nuevo despertar del día y con el florecer de los astros cada noche...." (Ivo Serge).

Sentía que el cerro me llamaba a la conquista de su valor máspreciado, y cada vez que la miraba me sentía impulsado a ir a ella, hasta que sucedió. Acordamos varios niños subir el cerro hasta llegar a la cima, y cierto día iniciamos el ataque tomando cada uno un sendero imaginado en nuestros pequeños cerebros, en mi ascenso, con mi ojos puestos en el ancla, utilicé manos y pies desesperado por alcanzarla, no importaba si llegaba primero o último, nada más quería llegar. Cuando mi mano tocó el cemento sabía que lo había logrado, rápidamente me paré sobre el áncora y con mis brazos extendidos me sentí dueño del mundo.-







## Mención Honrosa



# A mi viejo no lo tocas

Autor:

Anónimo

Gringa loca, rucia loca, esa era yo cuando adolescente y así me decía mi hermano, buena para reírme, traviesa me gustaba bailar, pasarla bien con amigos y mis hermanos.

Y como es la vida, te juega jugarretas no muy simpáticas. Conocí a Ramón un tipo simpático, entretenido, al tiempo nos pusimos a pololear, lo pasábamos bien, salíamos, íbamos a bailar era buena onda. Quizá en algún momento me “mandó” mensajes de cómo era realmente y como sería a futuro, pero no me di cuenta o lo ignoré. Al año y medio me pidió casarme, él puso la fecha, el día, tenía que ser en la mañana, tenía que llegar a la hora sino se iría a los 10 minutos, tenía que saludarlo cuando llegara, yo lo encontré divertido y no le di importancia, nada de eso era broma; decidió que de luna de miel iríamos a casa de su prima que vivía en Chicago, USA, no me gustó, igual fuimos donde él quería.

Para el matrimonio como no teníamos mucho dinero me hice mi propia lista de Novios, a mi mamá y suegra no les pareció pero igual lo hice, cuando uno



se casa no tiene platos, vasos, cucharas de madera, cuchillos de cocina, limpia pies, etc, por esos años no existían estas listas, fui futurista. Como tengo habilidad manual hice sábanas, cortinas, diseñé los muebles del dormitorio, los mandamos hacer, Ramón también tenía habilidad manual hizo la mesa del comedor y no teníamos sillas, amoblado de living . Mis compañeros de oficina y el gerente de la Cia., me regalaron dinero, él se quedó con el cheque .Lo único que teníamos en ese tiempo eran nuestros sueldos.

Y así comenzó mi nueva vida de casada, bueno el hombre simpático que me había enamorado se empezó a mostrar muy sutilmente, empezó a imponerse y anularme, todo sin que yo me diera cuenta hasta mucho años después; nunca había tomado pastillas anticonceptivas y me imponía que me las tomara aunque me hacían pésimo, él quería tener el control de cuando embarazarme, hasta que dejé de tomarlas, me iba a dejar y buscar a la oficina, si me venía yo por mi cuenta estaba furia esperándome en la casa para controlarme la hora de llegada, después salía, se aseguraba que yo estuviera en casa, llegaba a cocinar, lavar, no tenía lavadora lavaba en la tina del baño, hacer aseo, etc. Y así sábados y domingos a casa de su madre o a casa de mi mamá, sino me quedaba todo el día sola, él trabajaba con turnos y parece que se tomaba todos los turnos, a diferencia de cuando pololeábamos que casi no tenía turnos.

Me sentía muy mal con este cambio que había en él, pero yo le veía el lado bueno pensaba que había que adaptarse y que todo se suavizaría con el tiempo.

Habían días que llegaba indignado con un genio terrible, que me asustaba, si le preguntaba que pasaba, arremetía conmigo y yo pasaba a ser la culpable de su enojo, me empezaron a sorprender sus rabietas sus malas contestaciones y malas caras, pero más empecé a temerle, asustarme porque no sabía con qué carácter llegaría entonces me sentía como en la cuerda floja, me ponía muy deprimida y triste.

Me contaba llorando las penurias monetarias de su familia (después con el tiempo me di cuenta que no era cierto) que nunca le habían celebrado un cumpleaños, que no iban de vacaciones, etc. Y yo creía todo eso y me sentía

redentora, pobre hombre pensaba. Alguna vez me contó que le gustaría mucho tener un "Berger " sofá de respaldo alto, una vez vi uno y se lo compré y se lo regalé, yo estaba feliz , craso error, porque cuando lo viera se contentaría , lo vio y la cara que puso me aterró, empezó a gritar que no le gustaba y que lo fuera a devolver, lloré toda la noche y el enojado indignado conmigo , no me habló durante 4 días, cuando me acerqué hacerle cariño me rechazó y creo que desde ese momento el cariño por Ramón dio una voltereta, empecé a entender que era su manera de ser. Como a los dos años de casados me cansé de tantos malos tratos que le dije que se fuera, se donde su mamá , a los días me llamó llorando pidiendo disculpas y que nunca más lo haría y que cambiaría, yo le creí y volvimos a vivir juntos, pero no fue así, todo lo hacía muy " cariñosamente " todo lo que " yo lo enojaba a él era mi culpa " y su escalada de agresión psicológica no terminaría jamás. Para él todo lo que yo hacía o decía estaba mal, no podía hablar u opinar si estábamos con otras personas, me miraba con cara de ira. Aprendí que cuando le daban las rabietas se amurraba dejaba de hablarme por días , semanas o meses.

Me gusta el Teatro, el Cine ir a bailar, pero nunca me acompañó, me decía que fuera sola.

Me quedé embarazada de mi primer hijo , otro problema para él, " tenía que ser hombre, po ningún motivo una niña, el nombre se lo pondría él. Ahora tenía otro motivo para enojarse o discutir, no quiso que dejara de trabajar para cuidar a mi hijo, si el hijo lloraba o no había comido era mala madre, era una exigencia constante, enloquecedora. Ser mamá para mi fue algo natural me salía del alma , mis hijos nunca fueron problema, siempre fui madre preocupada. Tres años después nació mi segundo hijo, por suerte fue un niño, sino yo hubiese sido la culpable, peleé para que se llamara como yo quería, otra discusión ; ahora eran los hijos el problema , que si lloraban, que corrían, jugaban, gritaban era mi culpa.

Cuando mi hijo mayor estaba de un año me fui de la casa con mi hijo, me cansé de tanta amarguras y nuevamente llorando me pidió que volviera que " nunca más " y yo sabía que no sería así.

Sólo le interesaban el dinero, los viajes al extranjero, el sexo.

Cuando los hijos fueron creciendo también eran una molestia para él, se molestaba porque demandaban mi atención, mi hijo mayor era hiper inquieto y la única que le tenía paciencia era yo, el menor revoltoso y un simpatiquísimo payaso, todo un artista baterista, yo lo pasaba regio con ellos, les enseñaba a jugar a las bolitas, al volantín, hacer " chonchón " con papel de diario , al trompo, a reventar un tarro con carburo, andar en bicicleta, etc. Siempre fueron cercano conmigo me contaban sus cosas , les ayudaba con las tareas y los apoyaba en el colegio, de adolescentes aguantaba sus travesuras y los veía crecer , esto le molestaba mucho a Ramón, siempre me estaba diciendo que si no se portaban bien que les pegara, eso nunca lo he aceptado no me gusta la violencia física ni psicológica. Ellos siempre me decían como era yo con ellos me decían " mami nos gustas como eres con nosotros , nos escuchas y nos dejas ser ", si pienso que los seres humanos a diferencia de los animales tenemos " materia gris " y el don de la palabra para comunicarnos.

Ellos también le temían y siempre se estaban quejando conmigo por la manera como los trataba, los criticaba y se enojaba con ellos si jugaban football y no ganaban culpa de ellos, lo mismo cuando jugaban al tenis, los criticaba y retaba si perdían o a él le parecía que no habían jugado bien , los hacía llorar y ahí estaba yo consolándolos; lo mismo con las notas del colegio nunca se preocupó de sus estudios, pero si de criticar y retarlos. Yo recibía todas las quejas .

Y Ramón nunca cambió como juró que lo haría, me vigilaba en el trabajo se aparecía y se instalaba a mirarme que hacía yo. Con los años dejé de llorar cuando me agredía, me evadía yendo a trabajar, mi trabajo era muy entretenido y nada rutinario, trabajé en una Línea Aérea, lo pasaba de lo mejor, ganaba muy buen sueldo y tenía muchos beneficios, en esos años unos 30 años atrás los empleos y empleadores eran muy distintos a los de ahora, uno "se ponía la camiseta " de la Compañía.

En el tiempo de los Militares se quedó sin trabajo, el no buscó trabajo, estuvo casi un año sin hacer nada, mi hermano le dio trabajo y yo mantenía a la familia,

sin ningún cambio y se acostumbró a que yo mantuviera la casa, comprara ropa para los hijos incluida la de él, se limitaba a pagar los servicios ; y él se dedicó a ahorrar dinero y a viajar, me compré auto y lo manejaba él, cuando le dije que yo lo usaría, le dio pataleta.

Ahorré por 16 años para comprar una casa, cuando la compramos cometí el error, por no saberlo, debería haber puesto en la escritura cuanto aportaba yo, si lo hubiese sabido , me habría ahorrado muchas tristezas, pero como acá en Chile parece que las mujeres somos “ retardadas “ dice la ley “ el marido administra los bienes “.

Ya han pasado muchos años y me he vuelto inmune a las agresiones e injusticias, Ramón se va a dormir al dormitorio de mi hijo menor, quién me reclama a mi y no al padre que no lo quiere en su dormitorio, ya se ha vuelto un descarado y falta de respeto, vive su vida, silva o pone la música a todo full y no se molesta. Por dos años duerme fuera del dormitorio y decide volver le digo que no, fue lo peor que hice, empieza a desprestigiarme con los hijos, estoy loca, tengo amantes , etc. Y yo ilusa pensando que había un Sernam que protegía a las mujeres (hablo año 1987), me dice la abogada, no te preocupes no le hagas caso, ahora pienso que quizá tenía razón me habría ahorrado muchas tristezas e injusticias.

1992, me despiden de mi trabajo por reducción de personal y don Ramón, “ me invita a comer para celebrar mi despido” y me dice que él no me va a mantener, que la empleada se va y que los gastos serán los mínimos . Me busqué otro trabajo. Mientras tanto tenía todo planeado, se arrienda un departamento y en Enero del 94 llego a mi casa y me encuentro con que ha tomado todas sus cosas y se ha ido, me dolió, lo menos que podía haber hecho era decirme que me abandonaba, y no irse como un delincuente, luego pensé que estaba bien, me sentí liberada , pero nunca imaginé lo que me haría vivir, volvió al otro día llegó como si nada y me dijo vengo a quedarme, me arrepentí y no me conviene, le dije que no, que hablaríamos después y ahí me dije, no más , fue lo peor , había estado hablando mal de mi con mis hijos. Lo tenía todo planeado, los hijos no estaban en Santiago y cuando llegó el mayor le dijo que lo había

echado a la calle y le había tirado todas sus cosas en la vereda, mi hijo estaba indignado conmigo, hasta me amenazó si no dejaba entrar a su padre, no permití que me faltara el respeto y le dije que se fuera con su padre. El hijo menor llegaría unos días después.

Y las agresiones que había tenido antes siguieron con peor escalada, yo había cambiado, no me importó no tener trabajo, me las arreglaría mejor sola. Llegaba todos los días y se ponía a tocar el timbre hasta la madrugada, tenía que llamar a los carabineros para que se fuera y así por meses.

Como me abandonó , yo ilusa , lo demandé por alimentos, me pagó un par de años, y luego nunca más , se reía de la "Justicia ". Recurrí al Sernam, abogados y no pasó nada.

Al final lo perdí todo, lo más importante y él lo sabía mis hijos se fueron con él y nunca más los vi, no fui a sus matrimonios ni a los nacimientos de mis nietos, las pocas veces que los he vuelto a ver me tratan como a una extraña y sólo para asuntos legales, esto hace 23 años y no sé porqué no quieren nada conmigo.

Ahora al igual que cuando el padre estaba vivo, para lo único que me quieren es para quedarse con el resto del Patrimonio.

Vivo triste pero bien, no me corto las venas, estaría muy contenta de ver a mis nietos y que tuviera nuevamente la excelente relación que tenía con mis hijos.-





## Mención Honrosa



# Confieso que he escuchado

Autora:

María Inés Valenzuela Quezada (61)

Santiago

No sé cómo ni cuándo o dónde don Abelardo se aprendió las canciones, las cantaba o silbaba, arreando las vacas, montado en su caballo con su perro Nerón.

En su casa no había radio ni vitrola, los recursos eran escasos, con una familia tan numerosa, era difícil la vida.

Una vez le regaló dos chanchos a su señora para que los criara y vendiera. Así con el dinero compraría géneros para ella y las niñas.

Pero un buen día para él y malo para su señora. Ella no estaba en casa, había ido a la ciudad a hacer las compras del mes.

Pasó un Señor y le ofreció una vitrola, Don Abelardo se le iluminaron los ojos, el alma. Justo traía un disco de los que le gustaban, un disco de los que cantaba. Emocionado y con pena por no tener dinero para comprarlo. Hasta suspiraba cuando le daban cuerda y colocaban el disco una y otra vez.



Él junto a toda la parvada de chiquillos a cuál de todos más contentos, el caballero le decía que cómo no iba a tener algunos pesos ahorrados o algo que pudiera intercambiar.

¡En eso! Se acuerda de los chanchos de su señora., y se lo comenta al vendedor de la vitrola. Él ni tonto ni perezoso quería verlos primero. Mandó a sus chiquillos a buscar a los chanchos, estos no querían ir, porque eran de su mamá y ella se iba a enojar mucho.

¡No vayan nomás! Yo soy el que manda aquí, exclamó mi padre. Trajeron los dos chanchos, de inmediato se hizo la compra, los hijos felices con tan importante compra.

Su padre le dio cuerda y colocó el disco. Todos maravillados escuchando música, porque era algo muy delicado y lo podían romper. Se al campo a cuidar los animales mientras sus hijos veían alejarse más y más, dieron cuerda, pusieron el disco a escuchar música y bailan todos felices, olvidaron las tareas que había dejado su mamá. Cuando reaccionaron empezaron todos a apurarse y tener todo listo cuando llegara.

Ni se acordaron de los chanchos, todos esperando la micro a la orilla del camino, bien limpios y peinados como le gustaba a su mamá. Bajan las bolsas, las cajas, y espera ese único dulce del mes, un Loli para cada uno, todos contentos.

Cuando empezaba a oscurecer la mamá los mandó a buscar los chanchos y encerrarlos en su corral, ellos se miraron, ella insistió, ellos mudos. ¿Qué pasa? Preguntó en un tono serio, dijeron a coro, pregúntele a mi papá.

Cuando llegó el marido le preguntó enojada, ¿qué paso con los dos chanchos? Él feliz contestó que los había cambiado por una vitrola, que era bueno para todos escuchar música, yo te daré más adelante otros chanchos. No quiero ningún chanco, más contestó indignada y no quería tampoco la vitrola.

Los hijos para calmar la situación decían ¡mamá suena muy linda la música! Además somos los únicos en tener esto, escuchar la... Petaquita y casamiento de negros, las que él cantaba siempre.

Le rindo este homenaje a mi padre, un hombre sin saber leer y escribir dejó grabado este canto en mi mente por siempre, la que le acompañó en tu oficio de campero.

Tu hija María Inés.-





## Mención Honrosa



# Confieso que he vivido los terremotos más grandes del mundo

Autora:

Irma Valderrama Barrientos (86)

Vitacura

Soy Irma Valderrama Barrientos, la menor de 17 hermanos y nací el 20 de septiembre de 1930. Mi historia comienza en la Región de los Ríos, más precisamente en la ciudad de Corral, considerada por muchos, el puerto más antiguo del sur de Chile. Recuerdo que en la bahía de Corral entraban “inmensos” barcos con pasajeros extranjeros, y los lancheros eran los encargados de ir en su búsqueda para que conocieran nuestra ciudad. Colegios, almacenes, “La Usina”, los fuertes españoles, el teatro y las poblaciones alrededor de los cerros y la bahía, hacían de Corral un lugar muy bello.

Mi padre murió cuando yo tenía apenas dos años de edad, por lo que no tengo recuerdos de él. Sin embargo, escuchaba los relatos que mi madre “Eulalia” nos contaba y gracias a eso puedo hacerme una imagen de cómo era él.

Se me viene a la memoria el decaimiento de Corral, producto de que “Los Altos Hornos” - llamados también, “La Usina”- dejan de funcionar, y muchas de las familias que habían llegado con la Usina se fueron con ella. Atrás quedaban esos años prósperos de Corral. Así, ya en el año 1950 mucha gente se fue a

trabajar a la Siderúrgica Huachipato, en la ciudad de Talcahuano, entre ellos mi hermano "Tulio". Al ir creciendo empecé a ver como mis hermanos se casaban y se iban de la casa.

La única que no corrió esa suerte fui yo, quien a los 15 años me hice cargo del hogar como toda una dueña de casa, ya que mi madre estaba perdiendo la visión y debía cuidarla. Hubo muchas cosas en la juventud que no pude hacer, como la mayoría de las jóvenes de mi edad. Por ejemplo: no podía maquillarme, no podía salir a bailar, tampoco tener amigas y mucho menos un pololo.

Sin embargo, yo estaba feliz cuidándola, porque la quería mucho.

El tiempo avanzaba rápido, llegó el 21 de mayo del año 1960 y aún recuerdo el discurso del presidente Jorge Alessandri Rodríguez. La gente se preparaba para celebrar las glorias navales con grandes banquetes y mi familia no era la excepción. Ese día nos reunimos todos en la casa de mi hermana mayor donde posteriormente alojamos, sin siquiera imaginar lo que estaba por ocurrir.

Al día siguiente alrededor de las 15:00 horas, estaba en el segundo piso haciendo la cama cuando comienza un fuerte movimiento. Escucho los gritos de mi madre llamándome desesperadamente para que bajara la escalera. Con gran susto logré bajar y la escalera se vino abajo. Todas las cosas estaban en el suelo y el sonido era terrible, estábamos muy asustadas, seguía temblando y fuimos al portón porque escuchábamos sirenas y alarmas. En eso, pasan unos bomberos y jóvenes con camillas avisando que había que evacuar porque vendría el mar. Entonces mi hermana en pánico subió al cerro y quedé sola con mi madre muy asustada. Me prestaron una camilla y posteriormente me ayudaron a subirla al cerro, que quedaba cerca de la casa. La dejé arriba y bajé por alimentos y frazadas para poder pasar la noche.

En eso recuerdo que un señor me dice: "corra mijita que ya salió el mar" y tuve que subir corriendo el cerro con todas mis fuerzas para que la ola no me alcanzara.

Ese día el mar salió "tres veces", cada vez con más fuerza que la anterior, arrasando todo a su paso. Logramos llegar arriba, a la cima del cerro con mi madre

y nos quedamos allí toda la noche. A la mañana siguiente mientras bajábamos, miraba las casas derrumbadas, la tierra abierta, el barro en todos lados, barcos como “El Canelo” hundidos, mientras “El Allipen” fue arrastrado por el mar al río calle-calle.

Corral estaba dividido en dos sectores, Corral bajo donde vivía mi hermana y Corral alto, donde estaba nuestra casa.

Mientras caminábamos rumbo a nuestro hogar, nos dimos cuenta que Corral bajo casi había desaparecido por completo bajo el agua. Gracias a Dios, nuestra casa por estar en altura había aguantado el terremoto y estaba habitable. Así que nos quedamos ahí sin agua, ni luz por algunos días.

Ese mismo día 22, el presidente dio la orden para que salieran los militares a las calles a prestar ayuda. Llegaron con agua, alimentos y ropa. Fueron días duros, la experiencia de ese terremoto ha sido lejos lo peor que he pasado. Pero bueno, gracias a Dios sobrevivimos.

Ese 22 de mayo de 1960, fui testigo del terremoto más grande del que se tiene registro en la historia de la humanidad, considerado por muchos como un mega terremoto, dado que su intensidad fue de 9,5° en la escala de Richter y se sintió en todo el mundo. Luego me enteré que las olas del tsunami llegaron al otro lado del planeta, hasta Japón.

Durante ese año recibí ayuda de algunos hermanos, había dos muy especiales para mí, ellos eran: “La Chalito” y “el Tulio”. Este último nos enviaba plata todos los meses desde Talcahuano, él era uno de los menores junto conmigo, aunque mayor por 5 años.

Al año siguiente mi mamá falleció y yo seguía soltera. Por cuidarla había dejado pasar muchos pretendientes, recuerdo que hubo uno de ellos que quería casarse conmigo, pero por mi mamá no quise, no debía dejarla sola y menos con lo enferma que estaba.

Cuando falleció, sentía que no tenía nada más que hacer en Corral. Así que tomé mis cosas y fui rumbo a Talcahuano donde estaban mis hermanos. Al

llegar, fue mi hermana Chalito quien me recibió e invitó a vivir en su casa. Aun la recuerdo con mucho cariño, me cuidaba cariñosamente como si fuera una hija.

Pasó el tiempo y comencé a conocer personas en esta nueva ciudad. Allí conocí a Pedro, con quién pololeé 3 meses y me casé muy enamorada. Al poco tiempo quedé embarazada, pero el bebé luego de nacer enfermó y murió al mes de vida, fue muy duro. Sin embargo, en el segundo embarazo nació Mónica con quien vivo actualmente

Éramos muy felices los 3 en un comienzo, luego Pedro salía mucho a beber con amigos y quedábamos solas con mi hija, por lo que deje de quererlo. En el año 1977 falleció Pedro, cuando nuestra hija aún era una niña de 11 años. Ahí tuve que comenzar a trabajar en lo que sabía hacer, “tejer”. Me fue muy bien, pero luego de eso me cansé del tejido y comencé a arrendar piezas para estudiantes universitarios, algo así como una “pensión”. Todo para que mi hija pudiera estudiar y defenderse en la vida.

Los años pasaron y ella fue creciendo, terminó el colegio técnico y sacó su profesión de secretaria administrativa. Estaba muy orgullosa recuerdo. Luego se enamoró y quedó embarazada, la apoyé en todo lo que pude, además el papá de mi primera nieta se hizo cargo de la situación y buscó trabajo de contador. Posteriormente se fue a vivir con nosotras y a los dos años Mónica quedó nuevamente embarazada y fui abuela por segunda vez. Así, decidieron casarse y quedarse conmigo en la casa, donde recibimos a mi tercer nieto.

Mi hija trabajaba, mientras yo cuidaba a los niños durante el día. Por la tarde asistía a mis talleres de manualidades impartidas en la Casa Del Adulto Mayor de Talcahuano, donde tenía muchas amigas, además asistía al coro y al grupo de oración. Recuerdo que estaba muy feliz en ese tiempo.

Los años fueron pasando hasta llegar al verano del 2010, donde ya tenía 80 años. Como era verano mis nietos y su padre fueron de vacaciones a Quillón, un pueblo que queda alrededor de una hora de Concepción. Mi hija como trabajaba, se quedó conmigo, aunque por un instante pensó en ir a verlos el fin de semana, pero gracias a Dios se quedó y no fue.

El sábado 27 de febrero a las 3:27 am, me encontraba durmiendo cuando sentí un temblor tan fuerte que llegué a despertar

Con toda calma empecé a sentarme, porque una a su edad ya no puede hacer las cosas rápidas como cuando era más joven. En eso escuché los gritos de Moni preocupada que me llamaba desde la puerta y le grité: “tranquila hija estoy bien, ya voy”. Sin embargo, para llegar a la puerta tenía que atravesar un largo pasillo que se movía como un verdadero acordeón. Recuerdo que di un par de pasos y caí al suelo, me era muy difícil caminar mientras todo se movía, mientras la casa crujía, sentía los ruidos de la loza quebrándose y los gritos de la gente. Así y todo, llegué hasta la puerta, arrastrándome donde Moni estaba esperando para levantarme.

Esa noche sentí que Dios me dio una fuerza única, porque mi hija estaba muy mal y yo tenía que calmarla, decirle que todo iba a estar bien y que ya iba a pasar.

El temor de un maremoto, nos llevó a salir de la casa e ir camino al cerro que quedaba a una cuadra. Ahora, era yo la que necesitaba ayuda para subir. Igual como en el terremoto anterior, la gente se ayudaba. Gracias a la ayuda de mi hija y un vecino amigo de mi nieto, llegamos hasta arriba para pasar esa noche del 27 de febrero como muchas familias del sur de Chile, con tan solo unas frazadas, con mucho temor de solo pensar que podría llegar el mar a nuestras casas y preocupados por nuestros familiares que estaban en otro lugar.

Al amanecer a eso de las 8am, bajamos a nuestra casa para ver a las mascotas que estaban muy asustadas. La casa sufrió algunos daños menores, la deformación del pasillo por donde tuve que arrastrarme, el cortafuego se movió alrededor de un centímetro y la pandereta se inclinó en 30 grados. Las cerámicas del antejardín se rompieron y es posible ver la onda dibujada en ellas. Mientras mi hija miraba como había quedado todo, yo estaba sentada en el antejardín de la casa con una chupalla al sol. Alrededor de las 11:00 am llega mi yerno, con un hermano, la pareja de él y mis nietos. Sentí un alivio y una alegría tan grande de verlos bien, de estar acompañada y segura con mi familia. Mis nietos me abrazaron largo rato y lloramos un poco por lo ocurrido, conmocionados, pero a la vez aliviados de estar juntos.



Luego de eso comenzaron a ordenar y a limpiar todo, los días pasaban y no teníamos agua ni luz, era difícil abastecerse de comida y elementos básicos para la subsistencia. Sin saber cuánto iba a durar esta situación, la gente comenzó a desesperarse, hubo saqueos en supermercados y diferentes lugares. Gracias a Dios nunca nos faltó comida. La presidenta al 4<sup>o</sup> día, dio la orden de sacar a los militares a las calles, quienes restablecieron el orden, aunque también infundieron temor en algunas personas. Comenzó un toque de queda que duraba desde las 18:00 hasta a las 12:00.

Mucha gente no tuvo contacto con sus familias durante días, porque estaban en distintos lugares, no había internet, telefonía, nada funcionaba, solo la radio. La locomoción tardó semanas en funcionar con normalidad, la gente tenía que caminar horas para movilizarse y tener noticias de sus familiares.

Mientras tanto los vecinos de mi calle estaban organizados para cuidarse mutuamente, ya que había rumores de turbas que pasaban por las poblaciones saqueando. Estaba realmente asustada, porque a pesar de haber milicos seguían ocurriendo los saqueos en distintas zonas de las comunas de Concepción, Hualpén y Talcahuano.

Los vecinos de mi barrio formaron una comunidad bien bonita, es como si el terremoto hubiese sacado lo mejor de cada uno. Gente que conocía hace más de 40 años en las noches hacían fogatas y cantaba con guitarras.

Nos quedábamos en la calle muchas veces porque a mi hija no le gustaba dormir en la casa, aún no paraba de temblar y había fuertes réplicas de 5, 6 y hasta 7<sup>o</sup> Richter.

El miedo de a poco fue pasando, las primeras noches nos turnábamos para dormir en el auto, la tercera noche armaron una carpa afuera de la casa y ahí dormíamos. Hasta que finalmente mi hija armó una cama para mí en el living, que estuvo ahí durante dos meses más o menos, hasta que la frecuencia de los temblores había disminuido considerablemente.

Estuvimos alrededor de 3 semanas sin luz, ni agua. Sin embargo, durante ese tiempo todos aportaban a su manera. Además, se turnaban para ir a buscar

agua a los bomberos que quedaban a unos 10 minutos de la casa, ahí debían hacer filas de horas y en más de una ocasión no alcanzaron agua, por lo que tuvieron que sacar agua con baldes en grifos, matrices, punteras y hasta pozos que fueron cavados por los mismos vecinos.

Así fue como viví este nuevo terremoto y tsunami, el segundo más grande en la historia de Chile después de 1960 y uno de los 5 terremotos más grandes en la historia de la humanidad con una intensidad de 8.8° Richter. Mientras tanto en el puerto de Talcahuano, el impacto del mar empujó los navíos hacia el centro de la ciudad, donde era posible ver buques pesqueros entre las calles, algunos lanchones dentro de las casas ubicadas en la costa, además del barro y los escombros en las calles.

Luego del terremoto, la parte administrativa de la empresa de mi yerno se trasladó a Santiago, es por esto que mi hija a los 8 meses después pide su traslado a la misma ciudad. El 8 de febrero del año 2011, llegamos a vivir a la comuna de Vitacura, aunque el lugar es muy bonito, fue muy difícil comenzar de nuevo a los 81 años, pero con el apoyo de mi familia lo he logrado.

Posteriormente comencé a asistir a un taller de manualidades, donde conocí gente de mi edad con la que puedo conversar, tomar té y tejer, entre otras cosas.

Actualmente me siento muy contenta, ya que mis tres nietos son profesionales, Paulina es Médico, Danitza Fonoaudióloga y Pedro es licenciado en Sociología. Además, mi hija y su marido están bien en sus respectivos trabajos.

Los años han pasado, aún tengo contacto con mi hermanito Tulio quién sigue viviendo en Talcahuano y veo una vez al año. Tan solo quedamos dos de una familia constituida por 19 miembros. Sin embargo, a pesar de mi edad no me siento vieja, me siento joven de espíritu, he tenido la suerte de vivir una larga vida y me siento feliz a la edad de 86 años. Hoy más que nunca estoy convencida de que quiero envejecer activamente y seguir participando en mi taller de manualidades.-



## Mención Honrosa



# Coqueteando con la Muerte II

Autor:

Juan Valenzuela Vargas (82)

La Cisterna

Fue la ilusión de un país casi entero. Disipada ella, queda casi flotando en el remanso del subconsciente una alegría serena por el logro deportivo, no es oro, más la plata también es un metal noble y su tintineo chileno habitó en los oídos de millones y millones de personas. Lo expresado podría ser un despropósito, pero no es así, para mi es de relevancia y consecuencia extrema.

Después de seis meses de permanencia en Finlandia, en calidad de refugiado político, en un programa de adaptación fijado por el gobierno, básicamente para aprender el idioma finlandés (según la academia rusa, el tercer idioma más difícil del mundo, después del chino mandarín y del dialecto empleado por una tribu africana cuyo nombre escapa de mi memoria) y observar el modo de vida finlandés, en muchos aspectos notoriamente diferente al nuestro. Tuve suerte y el ministerio del trabajo, conocedor de mis antecedentes laborales, me asignó una cátedra de enseñanza del castellano en la Universidad de Turku y horas en la Universidad de habla sueca (Abo Akademi) lo mismo en el Instituto vespertino de trabajadores (tyovaen opisto).

Eran los comienzos de 1975, descendí desde el 4º piso en que habitábamos con mi familia, ubicado en la ribera del río Aura, flemático, como los seres humanos, atravesaba la ciudad hasta entregar su caudal al mar Báltico, muy próximo a nuestro hogar Allí se producía la alternancia constante entre los barcos provenientes de Estocolmo y los que zarpaban en dirección a tierras suecas. Bajé al plano a esperar el autobús, me quedaban 40 inexorables segundos para subir al vehículo. ¿Qué ocurrió? Sólo recuerdo que desperté en una límpida cama de hospital, rodeado por médicos y enfermeras en un ambiente de pulcritud suma. Quien parecía dirigir el grupo, me preguntó cómo me sentía, yo le respondí: completamente bien. El inglés utilizado por el galeno era muy claro y comprensible, como el de mi maestra del liceo en los primeros años de las humanidades. Fueron en mi apoyo para sentarme, pero los contuve, haciéndolo por mi cuenta, sin problema alguno. Observé que, entre ellos, se miraban perplejos. Me hicieron caminar por la sala, activar mi musculatura, etc. Todo estaba bien. Profesor, me dijeron, usted llegó aquí inconsciente, una ambulancia lo recogió en la vereda y lo trajo. Le hemos practicado los exámenes del caso y todo funciona sin problemas. Seguiremos atentos a su estado de salud. Lo enviaremos a su casa con reposo estricto por tres días. Me tendieron sus respectivas manos y comenzaron a salir. Súbitamente, uno de ellos, que manifestó ser húngaro, de apellido Molnarz, hizo presente la conveniencia de tomar una muestra del líquido cerebro espinal. Lo hicieron. Yo recordaba los relatos casi espeluznantes de personas que habían sufrido esa intervención, sin embargo, yo sólo sentí un leve pinchazo en mi espalda, una breve espera, y nada más. Todo esto ocurrió un día viernes, con cielo despejado, un sol deslumbrante y 8º bajo cero. De vuelta en mi casa, mi familia había sido rápida y oportunamente informada de lo ocurrido, ocupé mi lugar de descanso. Ninguna molestia, nada anormal me sucedía, pero fui obediente con las precauciones dispuestas.

Así, llegó el día domingo y nos disponíamos a almorzar con mis hijos, pero los preparativos fueron alterados por un insólito ulular de sirenas y aceleración de motores aproximándose al edificio en que vivíamos. Mis hijas, de 15 y 13 años, miraron a través de los cristales y vieron una ambulancia con un par

de policías acompañándola en la entrada de nuestro recinto. Un timbrazo prolongado y golpes en la puerta nos convencieron de que el objetivo de la búsqueda era nuestra vivienda. Se abrió la puerta del departamento y varias personas con atuendos propios de hospital ingresaron presurosos ¿vive aquí el profesor Juan Valenzuela? Mi hija respondió afirmativamente ¿Dónde está él? Yo soy, le manifesté. Portaban una camilla plegable y se cubrían la nariz con mascarillas. Desde la puerta nos contemplaban dos guardias, o policías. Con amable energía fui conminado a quitarme mi ropa y cubrirme con unas suaves especies de sábanas o frazadas livianas, desplegaron la camilla me acostaron en ella y, raudamente, iniciamos el viaje hacia el hospital de la ciudad. Mientras viajábamos, los escasos transeúntes en la vía pública no demostraron mayor curiosidad.

Llegados al hospital, encontré a un grupo con las típicas prendas de funcionarios de salud: conversaban mucho entre ellos, y advertí que la expresión de preocupación, mientras me examinaban, se iba distendiendo y se volvía calma y fraterna. Una dama, seguramente médico, me habló en inglés, diciéndome que todo estaba bien, pero que debía permanecer en observación por algún tiempo. La explicación que me dieron fue que, normalmente, en las personas se encuentran 450 o 500 unidades de albúmina en el líquido cerebro espinal y en el mío había más de 1000. Eso constituía un riesgo altísimo, según la opinión de ellos. Al día siguiente muy temprano una enfermera muy voluminosa me puso en una camilla con cubierta de hule, me despojó de toda cobertura y me informó que realizarían un examen muy importante. Acto seguido, me inyectó en el glúteo, luego estiró una manguera, igual a la de los bomberos chilenos e hizo blanco perfecto con un chorro de agua tibia sobre todo mi cuerpo. Un leve adormecimiento me fue dominando, hasta que perdí la conciencia.

Desperté en lo que, se advertía sin esfuerzo: una sala de visitas y varias personas conversando conmigo. Había familiares, amigos de Suecia y de Alemania. Yo conversaba con todos, partiendo desde el momento en que pude recordar. Después de un lapso breve, concluyó el tiempo establecido y se retiraron, dejándome algunos periódicos y revistas.

Mirando las fechas de los periódicos, tuve un tremendo sobresalto, el baño matinal de cuando me adormecí bajo el chorro, estaba fechado en 4 días de anterioridad. Hubo cuatro días en que, me contaron, actué y alterné normalmente en los hábitos del hospital. ¿Qué hice, que dije, qué me hicieron en ese período? Nunca lo sabré. Mi conciencia llega hasta el chorro de agua de agua tibia y la inyección. Se reanudó al final de una hora de encuentro con familias y amigos cuatro días después. En mi subconsciente, o en no sé qué rincón de mi psiquis quedaba una sensación de dulce tranquilidad y de paisajes naturales maravillosos. No sé explicarme el por qué lo asocié a la región de Entre Ríos, zona de argentina que nunca he visitado. Hablando sobre el tema mis familiares me contaron que conversé, me alimenté y dormí normalmente. Sólo el doctor encargado de cuidarme, estaba frecuentemente a mi lado con muestras de gran preocupación. Después de un par de semanas en el hospital, tratado con corticoides y otras medicinas, al no ver anomalía alguna en mi estado, me mandaron de vuelta a mi casa. Una semana después, me encontraron en el baño de mi hogar, en el suelo e inconsciente. De nuevo en el hospital, los calmantes administrados eran estériles ante el fortísimo dolor de cabeza resultante aunque se tratara del mínimo esfuerzo del cuello. Se aumentó el sufrimiento con la presencia allí de una paciente que, día y noche cada cierta fracción de segundos emitía un sonido, para mí, mezcla de graznido rapaz, y lamento de alguna bestezuela. No me permitió dormir una pestañada con su torturante grito “laakkari, laakkari” sin pausa.

Cuando aprendí más finlandés, supe que la palabra repetida significaba “Doctor”. El mal padecido por la enferma no es tan infrecuente como creemos muchos chilenos.

Otros exámenes y tratamientos caracterizaron la nueva experiencia en el hospital. Pese a todos los esfuerzos, la albúmina no empequeñecía su presencia en el líquido espinal, en tanto que el dolor en la base de la cabeza se hacía más y más intolerable.

Por último, el médico, a cuyo cargo me encontraba, me dijo con gran tristeza, “sabe profesor, hemos hecho todo lo que está a nuestro alcance y sin resul-

tado positivo. Hemos consultado con los suecos, los alemanes y no tenemos respuesta". "Lo que podemos asegurar es que usted tiene un tumor cerebral, inubicable para nosotros".

Paralelamente a la estadía en el hospital, mi familia, especialmente mi compañera, se comunicaron con amigos residentes en Alemania Oriental. Estos, a su vez, lo hicieron con los compatriotas en Moscú, haciendo presente mi estado de salud. En 48 horas, llegaron las visas y los pasajes en tren para viajar a Moscú. Era la última y débil esperanza.

Con ella, nos embarcamos en la estación de Turku y partimos a la definición con el destino. Me llevaron en una camilla y tratado con algodones, pues la más leve sacudida me hacía berrear. Así llegamos a la zona de control para ingresar a Rusia. En el puesto de Vainikkala, los guardias soviéticos irrumpieron en el vagón y, al parecer, sin información, registraban hasta el último rincón del tren. Cuando llegaron donde nosotros, levantaron la camilla desde la parte trasera con gran rudeza ahí fue donde el dolor me hizo aullar, denostar y no sé qué más, pues fue terrible. Pasamos por San Petersburgo y pagando mi tributo de dolor al erguirme, pude ver algunos de las magnas edificaciones donde muestra sus blasones la Historia, con mayúscula. Las mismas maravillas que se proyectaron en casi todo el mundo, a causa de la Copa Confederaciones, donde nuestros jugadores, sencillos muchachos del pueblo, dejaron a Chile en un lugar descollante.

Llegamos a la estación de Moscú. Allí nos esperaba mi gran amigo Jaime, ex Ministro de Estado quien, con su gracejo, simpatía y buen humor, nos hizo construir sonrisas y aumentar nuestro optimismo. Una ambulancia nos llevó directo a un centro médico de alta reputación, donde se recibía a líderes de cualquier lugar del mundo, sin compromiso de ninguna especie. Pese a que era domingo al mediodía, me atendieron especialistas en neurología, entre los cuales había algunos con prolongada estadía en Cuba capaces de usar sin problemas el idioma Castellano. Terminada la conversación, el que hablaba mi idioma, me manifestó "Compañero, esté tranquilo, usted es joven, tenga confianza en la medicina soviética".



La mañana siguiente, sé que hablé con un señor de traje azul y camisa blanca, un ciudadano corriente, ¿en qué idioma lo hicimos? No lo sé. De lo que si estoy seguro es que hablamos de mi vida en Chile y mis problemas del momento, Cuando se retiró, llegó una enfermera joven, afectiva y, sobre todo, hablaba castellano, me preguntó, con tono de suave desafío ¿Sabe con quién conversó? No, le respondí. Hizo un gesto de admiración, pronunció un nombre que no entendí, agregando es miembro de la Academia de Ciencias de la Unión Soviética.

Al mediodía, se presentó un médico joven, moreno, de rasgos árabes: soy el doctor Rakier, ayudante del profesor Gabivov, quien será su médico. Por los antecedentes, sabemos que usted tiene un tumor en el cerebro, pero no lo han ubicado, por eso, lo llevaremos al Instituto Central de Neurocirugía de Moscú. Allí, lo someteremos a examen y haremos lo que haya que hacer. Confíe en nuestra medicina. A la hora del ocaso me llevaron al mencionado Instituto y conocí al doctor Gabivov. Su presencia inspiraba confianza y respeto, Conversó afablemente y terminó diciendo “mañana a primera hora, se le practicará el examen para ubicar el tumor, pues, estamos contra el tiempo”.

Muy temprano llegó el doctor Rakier. En primer lugar, trajo una dama muy simpática, rubia, de ojos azules que me despojó de todo pelo que tuviera en mi cuerpo. Mi cabeza rapada “al cero” como decimos acá y todas las zonas como sobacos, pubis, etc. recibieron el mismo trato. Finalizada la depilación, fui colocado en una camilla con ruedas y llevado a una habitación contigua. Al salir al comedor, vi a mi compañera y me despedí de ella. El salón donde llegué era muy amplio y despejado. Solo estaba mi camilla y sobre una mesa pequeña un mueble muy parecido a los primeros receptores de radio, muebles firmes de madera. Ahí apareció el doctor con una enfermera. Traía una jofaina con un poco de líquido y un arsenal que no distinguí. La enfermera me tapó la cara con la sábana y quedé a oscuras. El doctor tenía una especie de pinceles y sentí como los untaba en la jofaina, luego, los pasaba, como una brocha, entre mi frente y la nuca diciendo “anestesia Juan, no te preocupes anestesia, Juan”. Yo sabía que era anestesia local.

Después de un momento, advertí que buscaba un punto en mi calavera, cercana al comienzo de mi frente. Cuando lo ubicó, se inició un ruido que hasta hoy lo escucho: la acción de un taladro moliendo el hueso de mi cráneo para perforarlo. Soporté, por interminables minutos el crujir de mis huesos. Luego, el doctor Rakier me informó "hemos puesto una sustancia en tu cerebro para que así se dilate y podamos ver dónde está el tumor". Me quitaron la sábana de encima de mi cara y pude ver como acercaban el mueble parecido a receptor de radio y lo ponían junto a mi "Radiografía, Juan radiografía Juan" exclamaba Rakier: luego de unos minutos desapareció con la máquina y dejó a la enfermera limpiándome la cabeza y quitándome los restos de anestesia quedados sobre mi cráneo desnudo.

Rato después, el doctor entró corriendo, se acercó a mí, me tomó las manos felicitándome "lo encontramos, Juan lo encontramos Juan". Está debajo del cerebelo, por eso nadie lo veía. Te lo vamos a sacar y te ira muy bien. En ese momento, entró el profesor Gabivov. Se acercó a mí y me dijo "todo está bien, ya sabemos dónde está el tumor. Mañana, a las 9, será la operación. Confíe en nosotros. Me apretó las manos y se retiró. Por la mañana, me llevaron al quirófano, esperaban como ocho o diez personas, lo dirigía el doctor Gabivov y Rakier era actor relevante. Comenzaron a pasearse lentamente en torno a mi camilla, me miraban, sonreían, y, de pronto, sentí una cosa rara en mi tobillo izquierdo. Rakier comenzó: "contemos, Juan contemos, Juan 10-9-8-7-s.... Una sensación parecida a lo que se siente al nacer: querer apoyar las piernas, pero no hay tierra, sólo una atmósfera y vienen los deseos de elevarse por encima de ella. Ya se hacía audible la voz de Rakier.

-Awake Juan, awake Juan-

-The tumor has been amputated and it will never return. (El tumor fue amputado y no volverá)-

Una semana estuve en la sala de recuperación intensiva, diariamente una punción lumbar medía los líquidos en mi columna vertebral. Ahora, cuando se coincidía con la huella de un piquete previo, el dolor era tremendo.

Una comitiva de médicos, aparecía cada mañana encabezado por su director, un hombre muy alto, de piel blanquísima, quienes sabían de él aseguraban que había pasado los 90 años, era el famoso doctor Spavaski, famoso a nivel internacional. Leía el informe sobre la evolución de cada paciente situado en la parte posterior de cada cama. Luego hablaba con su séquito. No creo equivocarme al decir que en el 80% de sus referencias a enfermos mencionaba la palabra “alcanfor”, la misma que yo escuchaba de mi abuelita en la época de los “40”.

Pasado 6 días, una fornida dama llegó hasta mi cama. Me hizo sentar en ella, puso sus manos en mis axilas e intentó levantarme. Me apoyé en sus manos y me erguí con mis propias fuerzas. Me miró con asombro y alegría convocando a otras personas de la sala. Me dejó de pie, puso tras de mí a otra funcionaria y me empujó. Retrocedí manteniendo el equilibrio. Me permitió dar unos pasos y mover mis manos. Sólo la cabeza y cuello necesitaban una tregua. No fue necesaria la ayudante.

Ese mismo día me cambiaron a la sala común de recuperación. Allí era posible ser visitado, de manera que los domingos se repletaba de familiares de los enfermos. Llegaban con enormes cantidades de alimentos y golosinas. A las seis de la tarde, un numeroso personal médico venía en ayuda de los enfermos... casi todos con malestares. Extrañado, pregunté a la enfermera por qué ocurría eso, a sabiendas. Respondió que se aceptaba para mejorar el estado anímico de los pacientes.

El día 27, después de mi operación, fui llevado a la oficina del doctor Gabivov, me miró muy contento diciendo “Juan, usted es hombre afortunado. El tumor era completamente benigno. Ahora usted puede ir a descansar un mes en las playas de Sochi para completar su recuperación”. Le contesté que debía regresar a la Universidad en 5 días, a más tardar. Bien, entonces, debe volver en un año más para darle el alta. Ah, sepa que en su tratamiento hubo cosas del médico compatriota suyo, Doctor Asenjo.

Volví al año siguiente. El viaje incluía un mes de permanencia y la compañía diaria de un intérprete para recorrer la ciudad.

El estado de salud fue impecable.

Los recorridos por la ciudad, un sueño cumplido. Estuve en la tumba de Lenin, vi el Kremlin, el río Volga, asistí al Bolshoi donde disfruté de esa maravilla que es el ballet "La creación del Mundo". En el circo de Moscú, la entretención a nivel increíble, con payasos que, sin palabras, sólo gesticulando hacía desternillarse de risa a un público heterogéneo desde el punto de vista lingüístico. Admiré el parque de los adelantos espaciales: el Sputnik, la perrita Laika, embalsamada y a las distintas naves recuperadas, etc. En el Estadio Dínamo, de Moscú, presencié la final del campeonato, entre Rusia y Hungría, etc. etc.

Para retribuir el que salvaran mi vida, sólo pude decir "Spassiva tovarich" (Gracias Compañeros).-





## Mención Honrosa



# Gracias Violeta

Autor:

Julio Irrazzoky Basaure

La Cisterna

A San Carlos llego la niña  
De singular belleza  
Con Don de ser maestra  
De ángel y naturaleza  
A tiempo y espacio  
En completar la visión  
De mujeres de la época  
De Gabriela y todas las reinas  
La Grandeza de tu nombre  
Esa flor frágil color violeta  
Que esparció de mar a cordillera  
Poemas arrancados de la vida  
Que recogiste de geografía  
La humana y la divina  
Ese canto a las mujeres  
De tu América morena  
Junto a tu hijo Ángel  
En parque de la capital  
Con guitarra y bandera

Varsovia te vio entrar  
Y a miles de jóvenes  
De todas las tierras  
Emocionaron con tu cantar  
Te reclamó Moscú, Francia  
Alemania  
Los museos abrieron sus puertas  
A tus creativas arpilleras  
Gracias por esa Gracia  
I te despediste de la vida  
Esa pena que el destino  
Hizo abrir otras puertas  
A compañeros como  
Sus nueve hermanos  
Que un golpe cambio sus vidas.-

## Reconocimiento al Microrrelato



# Los tiempos cambian

Autora:

**Elisa Osorio (86)**

Lo Prado

En el año 1940 aproximadamente, era una niña que vivió siempre con personas del sexo femenino, además, eran otros tiempos donde una chica no preguntaba nada. Los colegios eran solo de niños o de niñas, luego cuando llegue a 1ero de humanidades a estudiar, una de mis compañeras tenía un hermano estudiando medicina así que con ella supe que los niños no se indisponían ¡¡Una diferencia en los tiempos!-



## Reconocimiento al Microrrelato



# El pololeo

Autora:

María Elena Santander Rodríguez (77)

Lo Prado

Mi pololeo comenzó con miradas por la ventana, pues mis padres eran muy estrictos no me permitían salir a la calle a pesar de tener 17 años. Nos escribíamos y lo hacíamos llegar con la hermana de él. Hasta que un día Salí a pasear a mi hermana chica y también salió él, en ese momento llegó mi padre del trabajo y nos pilló juntos, salí corriendo y deje a mi hermana afuera.

Mi papa entro a la casa y me dijo que saliera, que afuera me estaban esperando, desde ese día empezó mi pololeo, hasta que nos casamos y vivimos 52 años de matrimonio con 3 hijos, 7 nietos y 3 bisnietos.-

## Reconocimiento al Microrrelato



# Los pollitos y el bebedero

Autora:

Ramona Saavedra

Lo Prado

Yo nací en la octava región el año 1948, hija de mama soltera, me crie con mi abuelita y mi mamá y con mis primos que nos visitaban los fines de semana. En una de linda casa quinta que mi abuelito había construido en el campo. Todo tranquilo, entre árboles frutales, huertos, algunos animales, aves, pavos, gansos, gallinas y pollitos.

Debo haber tenido 3 a 4 años porque no iba al colegio, cuando un día observando a los pollitos en el bebedero me llamo mucho la atención cómo tomaban agua, creo que me dio pena al verlos agacharse tantas veces a tomar agua y subir su cabecita para tragar, así que se me ocurrió ayudarlos.

Tome uno y lo hundí en el bebedero y me alegre mucho al ver el glu, glu, glu que hacia al tragar. Cuando termino lo saque y lo deje en el suelo, pero triste fue mi sorpresa: el pollito nunca más se volvió a parar.-

**Concurso Literario  
Autobiográfico  
Para Personas Mayores  
Confieso que he Vivido**



Región Metropolitana

# Concurso Literario Autobiográfico Para Personas Mayores Confieso que he Vivido

Región Metropolitana



Servicio  
Nacional del  
Adulto Mayor  
Ministerio de  
Desarrollo Social

Gobierno de Chile

Chile  
mejor

